

PHILADELPHIA

(NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD)

Más allá de la vida de las formas
Está la vida de la eterna idea
Más allá de los mundos que parecen
El infinito que los mundos crea.

CARLOS ENCINA.

LAS RELIGIONES Y LAS CIENCIAS ANTE LA TEOSOFIA

CONFERENCIA LEÍDA

EN LA RAMA ARGENTINA "LUZ" DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

Señores

Mi conferencia abarca un punto muy elemental dentro de las grandiosas especulaciones de la teosofía. Soy un principiante que recién empieza á balbucear las enseñanzas de los maestros y por eso me dirijo principalmente á los profanos.

Si fuera de este recinto habéis oído hablar de la Sociedad Teosófica, habréis observado más de una sonrisa irónica que es la expresión fiel de la incredulidad. Quizá, alguno de vosotros,—no me atrevo á asegurarlo,—impulsado por la simple curiosidad y no por el deseo de investigar la verdad ha llegado hasta este local que para los no iniciados tiene algo de lúgubre y misterioso.

Sin embargo, en la Sociedad Teosófica donde se reúne un núcleo de hombres ávidos de levantar el velo tupido que oculta la luz, no encontraréis nada sobrenatural porque lo sobrenatural no existe, no encontraréis tampoco supercherías y mentiras porque nuestro lema dice: «No hay religión más elevada que la verdad».

En el escenario de las sociedades humanas habéis tenido ocasión de cercioraros de las desigualdades y miserias que flajelan á los hombres, habéis visto que el egoísmo enseñoreado ha determinado como una consecuencia perfectamente lógica la laxitud de los vínculos; los poderosos se han olvidado de los miserables y no paran mientes en las muchedumbres que recorren las ciudades gritando: ¡pan y abrigo!

Cuando aquella reacción formidable de los oprimidos contra la

nobleza y el clero, se prometió al hombre que sería libre y soberano. Es una gran cosa, dice Laveleye, ser libre y soberano, más ¿cómo acontece á menudo que el soberano se muere de hambre?

El tan decantado progreso nos ha traído una confusión caótica que nos hace pensar en las palabras de Hobbes.

Las naciones, enemigas irreconciliables, esperan causas ocasionales para lanzarse sobre las vecinas con ánimo de hegemonía. Las razas en perpétua lucha: la raza blanca de Occidente se ha lanzado como lobo hambriento sobre el montón inorgánico de los hombres amarillos, sin que hayan sido suficientes valladares las hieráticas murallas del Imperio Coloso. La diosa Themis encerrada con barrotes de hierro dentro de los fríos y descarnados preceptos de los Códigos no es ya la norma directora de la humanidad que desorientada vacila y bambolea á cada paso.

Los espíritus reflexivos meditan sobre el desastroso presente de los hombres. Huxley piensa en la progresiva amplitud de los conocimientos y el mayor imperio sobre la naturaleza. De otra manera,—no hesita al decirlo,—saludaría con júbilo, como único fin apetecible, la venida de algún cometa compasivo que todo lo barriese muy lejos.

¿Quién trastorna á la humanidad? Es el egoísmo, consecuente necesario de todas las bajas pasiones, que ha construido este inmenso laberinto donde las sociedades humanas vagan extraviadas; es el egoísmo generador de los tiranos que apasiona á los hombres por sus intereses, impidiendo el amor á la especie y dando lugar á ese cortejo inmenso de mezquindades que como círculo de hierro nos aprisiona haciéndonos débiles intelectual y moralmente, es el egoísmo que se ríe brutalmente del precepto del Rabbi Hillel: *Ama á tu prójimo como á ti mismo.*

Y en presencia de esta pasión, indigna del hombre, que por doquiera se hiergue, levanta su voz la Sociedad Teosófica y pide que desaparezcan las distinciones de raza, creencia, casta ó color, á fin de proclamar la Fraternidad Universal de los Hombres.

¡Fraternidad!—La naturaleza nos dice que es ley. Si provenimos de un mismo origen, los males inferidos á nuestro prójimo son males que nos inferimos á nosotros mismos. Hay un todo y de ese todo, somos parte. Todo es uno.

* * *

Las religiones todas, proclaman que son las únicas depositarias de la Verdad Unica, y en su nombre, sin embargo, se han cometido las mayores injusticias, se han despedazado los hombres como fieras y se ha saludado al reinado de la intolerancia.

Las unas excluyen á las otras. La Sociedad Teosófica proclama el estudio comparado de todas las creencias.

Perdidas para los sectarios de las religiones yacen las enseñanzas esotéricas y el símbolo se acepta en sus exterioridades como la fiel expresión de la verdad.

Lo exotérico son dioses antropomorfos, ilógicos é injustos y paraísos en los cuales, como en el Planeta Tierra se desencadenan las pasiones humanas.

Sin embargo, los preceptos perdidos para los espíritus que no alcanzan las sublimidades de la abstracción, dicen que las religiones árias, ilógicas cuando sus símbolos no son comprendidos, tienen un fondo común de verdad que evidencia de un modo incuestionable el origen de todas ellas. Las creencias de los hombres de las regiones tropicales, como las creencias de los hombres de las regiones hiperbóreas tienen el mismo origen común que no pasa desapercibido para el observador que estudia sin ideas preconcebidas. Krishna, Buddha y Jesucristo han predicado la misma doctrina.

*
*
*

La Sociedad Teosófica también nos habla de leyes inexplicadas y de vibraciones desconocidas.

La ciencia ya no satisface las aspiraciones de la inteligencia humana que ansía horizontes más amplios donde desplegar su actividad.

Antes de la Revolución el espíritu estaba encadenado por la intolerancia oficial. Producido el movimiento reaccionario, el águila pudo remontar el vuelo sin ser detenida en su marcha. Pero un progreso se opone á otro progreso. Después de la reacción el enervamiento, después del enervamiento la reacción. Es la ley del ritmo.

El pensamiento había conseguido arrojar lejos sus cadenas y ya se creía libre para siempre jamás, cuando la intolerancia de los sábios vuelve á encadenarle. Ayer era la Iglesia con sus monjes, hoy son las miembros de las Academias quienes llaman *utopistas* á los que pretenden derribar los valladares opuestos.

Los sábios oficiales no admiten sino sus conclusiones y con su hilaridad pretenden detener el vuelo de la inteligencia.

Copérnico en época de intolerancia tuvo miedo al ridículo; Galvani, Jouffroy, Fulton, Lebon fueron ridiculizados, Jules Cloquet habló ante sus colegas de la insensibilidad suprimida por el magnetismo y se hizo silencio en su redor; lo mismo le pasó á Burq cuando constataba la influencia directa de los metales sobre el organismo humano. Hace muy poco tiempo un hombre que era reputado como sábio de Academia y que hoy día tiene que provocar hilaridad donde quiera que se le nombre, me refiero al célebre Bonillard, increpó en

plena audiencia, con suma gravedad á un ingeniero que hacia funcionar el fonógrafo, diciéndole: «¡Miserable, pretendéis que hemos de ser juguete de un ventrilocuo!» ¡Pobre Bonillard se te ha de citar constantemente para escarnio de los intolerantes!

El fonógrafo reproduce la voz humana, pero los sábios de Academia no han escarmentado y siguen riendo de los que aceptan fenómenos que están en pugna con sus conclusiones.

Todos vosotros conocéis á Williams Crookes, ese físico notable, ese observador eminente que habló de la transformación de las especies químicas, que inventó el radiómetro, que descubrió un aparato que puso de manifiesto los rayos catódicos y que afirmó que estos rayos eran materia radiante.

Bien, Williams Crookes no ha escapado al ridículo, peor aún, no ha escapado al desprecio de los que en la ciencia son niños á su lado. Lamentan que Crookes «con toda su seriedad británica, con todo su aplomo de sabio y todo su positivismo de experimentador, sea un formidable visionario y que haya emprendido la tarea de sacar fotografías espiritistas!»

Crookes fué designado por la Academia de Londres para investigar lo que hubiera de verdad en los fenómenos que decían producirse en las sesiones espiritistas. Después de controlar los hechos con aparatos por él inventados, presentó una Memoria en la cual los aceptaba. Los académicos sonrieron desdeñosamente y no discutieron.

El dogmatismo sectario es la característica de los sábios oficiales.

La ciencia siguiendo la vía positiva que le marcaron Comte y Litré no acepta sino lo que cae directamente bajo el dominio de los sentidos y cuando pretendemos penetrar en el reinado de lo inconcebible, en el reinado de esa incógnita monstruosa que hace vacilar á los hombres de ciencia dice: «*de aquí no pasarás*».

Pero, ¿qué son los sentidos, cuyo testimonio se cree infalible?

Voy á citar un nombre que para algunos de vosotros que no estáis iniciados en los fines de esta Sociedad y para nosotros que lo estamos, es acreedor á una gran suma de respeto.

Me refiero á Hæckel que no es un materialista vulgar, que proclama la concepción monista de la naturaleza, que rechaza la materia bruta, inanimada, inerte, para dar paso á los inúmeros espíritus elementales de las células.

Para Hæckel, y tal cosa admite la ciencia actual, en su origen todos los diferentes aparatos de los sentidos no son más que partes diferenciadas de la epidermis sensible. En los organismos inferiores de la escala zoológica, donde las funciones no están especificadas, la piel es la encargada de transmitir todas las sensaciones; en un

Para que vosotros pareis mientes en la inmensidad de la región del espectro no visible voy á reproducir un cuadro que es por cierto muy sugestivo, que indica el largo de la onda vibratoria y las vibraciones por segundo en trillones.

La unidad empleada por su autor es la de diez millonésima de milímetro.

ESPECTRO SOLAR VISIBLE

Color	Largo de la onda	Vibraciones por segundo en trillones
Rojo extremo	734	400
Límite del rojo y del anaranjado.....	647	490
» » anaranjado y amarillo.....	587	558
» » amarillo y verde.....	535	590
» » verde y azul.....	492	596
» » azul é indigo.....	456	675
» » indigo y violeta.....	424	700
» » violeta extremo.....	397	756

Esto por lo que respecta al espectro solar visible. En la parte infra-roja calorífica invisible la longitud de la onda es de 1940 á 734. En la parte ultra-violeta química invisible, la longitud de la onda es de 397 á 295.

Imaginaos la influencia poderosa que en el Universo ejercerán todas esas vibraciones que nuestros pobres sentidos no pueden percibir.

El mundo de lo desconocido es inmenso.

El conocimiento del hombre es reducidísimo. No percibimos más que un pequeño número de los infinitos movimientos que se producen en el Cosmos, y sin embargo los sábios oficiales tienen un caudal sin límites de petulancia y ríen estúpidamente de la física y de la química suprasensibles que permiten á los hombres que se encuentran *preparados*, oír las armonías misteriosas y ver los espectáculos grandiosos que para nuestros burdos cinco sentidos permanecen ignorados.

¡Oh sábios oficiales! ¡oh pedantes de la ciencia, vosotros que marchais con paso imperceptible por el sendero del progreso intelectual, sois los mismos que corroboráis todas las previsiones de los teósofos.

Recuerdo haber leído en la obra de un vulgarizador de ciencia, que un sabio inglés, Mr. Rogers, después de resumir el mecanismo del pensamiento hace constar que la célula cerebral, donde se formula una idea emite como una vibración fosforescente, onda luminosa que no es sinó la manifestación material de aquélla. El funcionalismo del pensamiento produce en el cerebro un trabajo qui-

mico que pone en movimiento el éter que se supone presente en todas partes. Esas vibraciones impresionan objetos muy sensibles, tales como una placa fotográfica. Estoy convencido, dice Rogers, de que es posible representarse en la mente el aspecto de una persona con tal intensidad que dicho recuerdo se materialice en una ú otra substancia orgánica y quizá logremos algún día, partiendo de esto, realizar el ensueño de la fotografía de los colores. Creo también, agrega, que con el tiempo se llegará á espresar las ideas con mucha mejor precisión que con la pluma, es decir, por la fotografía del pensamiento.

— En la Sociedad Teosófica se oye á menudo hablar de la transmisión del pensamiento. Un hombre lo inicia y otro lo recibe; el iniciador se concentra y hace un esfuerzo con su voluntad queriendo que se imprima el pensamiento en el cerebro del receptor.

Hoy, Marconi ha descubierto el telégrafo sin hilos, ese aparato que hemos visto funcionar en el gabinete de la Facultad de Buenos Aires, dirigido por el ingeniero Ricaldoni. Por medio de ondas etéreas que van del trasmisor al receptor se envían telegramas sin que sea menester el hilo que lleva la corriente.

Después del invento de Marconi, ¿es juicioso reír con sorna, cuando alguien afirme que es posible servirse de la electricidad cerebral para la trasmisión del pensamiento?

El gran Crookes, dice que el pensamiento intensamente concentrado de una persona sobre otra (dos cerebros que obran como los aparatos trasmisor y receptor de Marconi) puede formar una cadena telegráfica, al largo de la cual, las ondas cerebrales correrían hácia la dirección deseada sin que la distancia disminuyera su energía.

La ciencia oficial se mofa de las teorías teosóficas, sin embargo sigue sus pasos.

— En la Sociedad Teosófica oiréis hablar también de la audición coloreada, del ruido de los colores.

¿Qué son las manifestaciones físicas que se llaman sonido, color, luz, electricidad, magnetismo? — Son movimientos, vibraciones del éter, cuya única diferencia consiste en la fuerza, en el número ó en la forma. El sonido puede transformarse en luz, el movimiento mecánico en color, el color en luz, la luz en electricidad, la electricidad en magnetismo, el magnetismo en afinidad química. Correlación y transformación de fuerzas son leyes.

¡Y bien! ¿Si el color es materia que vibra, por qué afirmar que es imposible escuchar el movimiento por un sér que tenga un órgano de hiperagudeza no común susceptible de percibir por el oído tales vibraciones?

Negar sistemáticamente no es científico.

Las investigaciones de los sabios oficiales no hacen sino demostrar la verdad de las aseveraciones teosóficas.

En fisiología y en química los *intolerantes* están descubriendo lo que hace mucho tiempo estaba ya descubierto por los teósofos.

En fisiología se asegura ya que cada una de esas partes imperceptibles del órgano, que se llaman células, tiene una vida, tiene una conciencia autonómica, independiente de la vida y de la conciencia del organismo á que pertenece. Más aún, se afirma y se demuestra la existencia de los bacterios, microorganismos perfectamente definidos y completamente independientes.

En química, los sabios ya no hablan del átomo como de «una partícula de substancia especial é inmutable», sino como de una vibración, centro eléctrico de fuerza y movimiento. Ya la teosofía ha tiempo que no lo ignoraba.

No importa que los sabios nieguen por sistema; ellos mismos con sus estudios de gabinete van corroborando paulatinamente las verdades que rechazaron.

* * *

Pensemos que el velo no está levantado para todos los hombres; pensemos en que dentro del inmenso laboratorio universal, mil y mil fuerzas desconocidas están obrando sin que nuestros pobres cinco sentidos sean capaces de percíbilas, pensemos en los mundos ignorados por el espíritu del hombre, pensemos en las realidades invisibles y ávidos de investigar lo que está oculto, sin ideas preconcebidas, sin prejuicios, encaminémonos con paso firme, sin admitir nada *á priori*, hacia la fuente eterna de la verdad.

ALFREDO L. PALACIOS.

M. S. T.

LOS MÉTODOS DE LA CIENCIA OCULTA

Al encontrarse en presencia de algún monumento hindú de conjunto gigantesco, estrañas proporciones y conjunto enmarañado, el alma experimenta un sentimiento de admiración, de curiosidad y de misterio, antes que el ojo haya alcanzado á desentrañar la armonía en esa irregularidad, el plan en tal caos, el sentido en semejante enigma. Poco á poco, á medida que reconocemos en esa masa los rudimentos de todas nuestras arquitecturas modernas, más

los gérmenes de una cantidad de otros estilos completamente desconocidos en nuestros días—ese sentimiento se explica. Si al pasar del conjunto á los detalles, analizamos, por ejemplo, los encajes de piedra, las borduras de madera, los calados postizos, las ornamentaciones cinceladas con profusión sobre los muros, no tardaremos en justificar nuestra primera impresión de encanto, descubriendo en la irregularidad aparente, una perfecta armonía; en la complicación rebuscada, una extrema sencillez; un plan hábilmente disimulado bajo la inclinación de las losanjes ó la excentricidad de los círculos, calculado para producir efectos múltiples con algunos medios, y destinado á elevar el espíritu, hablando á los sentidos e, lenguaje de una estética exquisita y olvidada.

Esos monumentos fueron levantados no solamente por geómetras sino por psicólogos; no sólo por arquitectos, sino también por sacerdotes; contenían tantas ideas como piedras, y su destino era más simbólico que municipal. Entre los libros santos y los manuales de la ciencia moderna hay la misma diferencia que entre el tupido bosque y nuestros aderezados jardines. Examinad un libro escrito por un ocultista, por ejemplo, la *Doctrina Secreta* de Mme. Blavatsky. Semejante bosque virgen ha hecho la desesperación de todos los exploradores que han intentado penetrarlo en la medida necesaria para dar á sus diarios un informe sincero. Buscaréis en vano en él un camino real, ó siquiera un sendero continuo. Hay un plan, pero está tan bien sepultado bajo las exuberantes vegetaciones, que es imposible descubrirlo; y únicamente aquéllos que han explorado en todos sentidos y en diversas ocasiones esa selva de Dodona, saben que no es ese un libro cuyas páginas sea menester cerrar después de haber leído concienzudamente la letra muerta, sino una obra siempre abierta ó viva, un dominio del cual se trae á cada excursión nuevas riquezas, nuevos descubrimientos y nuevas verdades; y no tardan en advertir que por entre las malezas del misterio, á través de las lianas de la alegoría y los espinales de la metafísica, no avanza uno intelectualmente sino la equivalencia del camino que moralmente se ha franqueado.

Estudiad la marcha de un movimiento ocultista, la historia de la Sociedad Teosófica, por ejemplo. Tal vez lo más maravilloso que hay en Teosofía, es esta historia. La Sociedad ha resistido asaltos que hubiesen destruido irrevocablemente á cualquier otra. Rodeada de encarnizados enemigos, de críticos gruñones, de consejeros aviesos, su fundadora, á despecho de las probabilidades lógicas y del vulgar sentido común, ha seguido su método oriental, derecho hácia el fin. Desdeñando ofertas de alianza que muchos ignorantes del ocultismo hubieran fomentado bajamente; regimen-

tando una pequeña banda de discípulos, que á los ojos del mundo podían parecer los menos bien armados para tan grande lucha; previendo á la distancia las consecuencias reales de aparentes imprudencias; dando una inexplicable importancia á detalles que todos juzgaban insignificantes, fué ella la viviente justificación de este aforismo de Lao-tzeu: «Nada es más fuerte que la debilidad». Su obra continúa y continuará marchando á pasos de gigante, é invenciblemente sostenida por el acero de las voluntades entrenadas, resplandecerá sobre el mundo entero en el preciso momento en que sus inflados enemigos la creían y proclamaban muerta; y marchará á despecho de las inhabilidades de sus defensores, y en razón misma de sus divergencias de opinión, de sus contradicciones, de sus diferencias de procedimiento; pero si la dirección oculta le faltara un solo instante, se derrumbaría como un castillo de naipes.

Por último, observad la manera de proceder de los ocultistas vivos, si conocéis alguno, ó bien interrogad á las biografías de esas extrañas figuras históricas, los Cagliostros, los Paracelso y tantos otros, y veréis cómo es mucho más difícil de lo que se piensa, analizar los motivos de los ocultistas, y apreciar sus principios, tan poco conocidos. En teoría como en práctica, en moral como en simbolismo, en enseñanza como en arte, la ciencia oculta tiene sus métodos propios.

Repítese á menudo, que el espíritu occidental está representado por el método inductivo, analítico ó *a posteriori*, mientras que el método *a priori*, sintético ó deductivo, sería la característica del espíritu oriental. Esto no me parece enteramente justo. Indudablemente el método llamado experimental juega un papel preponderante en la ciencia moderna; pero, aun siendo exclusivo ese papel—y no lo es—aun habría que contar con la filosofía y con la religión, otros dos aspectos de nuestro espíritu social á los cuales no puede negarse ni el efecto moral, ni la notable organización.

La deducción es el pilar maestro de nuestras religiones, y el dogma la clave de sus bóvedas. Nadie ha pensado discutir, durante siglos, los axiomas de la Iglesia, cuyos doctores se limitaban á deducir de ellos conclusiones erigidas á su turno en artículos de fe. Sólo cuando la filosofía comenzó á raciocinar por su cuenta, los sacerdotes intentaron demostrar racionalmente la existencia de Dios, ó la inmortalidad del alma. La religión tomó á la filosofía algunos de sus métodos y gracias á este expediente la madre y la hija vivieron en relativa conformidad, hasta el día en que la ciencia naciente vino á reclamar su puesto dentro de ese domicilio burgués. Todavía no ha podido establecerse un acuerdo

con la recién venida; pero ésta no ocupará el primer rango, sino cuando sepa apreciar, recoger y utilizar la herencia de sus primogénitas. La ciencia no estará completa, hasta que haya agregado á sus métodos propios los de la filosofía y la religión.

El materialismo á la moda, no es más que una reacción asáz natural contra el idealismo *á priori*, con que el pasado demostró su insuficiencia. Los vencedores exageraron su papel, mientras en torno de su bandera se agrupaban elementos que no habían tomado parte en la lucha y doctrinas que no tenían con la ciencia sino débiles puntos de contacto. Por pura que sea una corriente de ideas, no escapa á estas afluencias de agua turbia. Así es como los discípulos de Darwins han hecho decir á su maestro cosas que éste ni había pensado; así es como ese pacífico burgués de Zola, viene á ser el antepasado supuesto y el padrino nominal de los fetos abortados del teatro realista; así es como en Teosofía, só pretexto de que la Sociedad no se ocupa de las creencias de sus miembros, una multitud de éstos procuran introducir sus creencias en ella. Muchos de los que declaran cooperar á la formación de una fraternidad universal, sin distinciones de sexo, color, raza, posición y credo, trabajan en realidad para amontonar un informe embrollo de charlatanería femenina, supersticiones nativas, convenciones sociales y prejuicios filosóficos. Una turba de escamoteadores ha intentado pasar su mercancía bajo la etiqueta común de teosofía. Por favor, señores, disimulad mejor vuestras cargas de productos averiados; por debajo de vuestras pieles de osos tibetanos, pasan puntas de ovejas reveladoras; he aquí uno cuya presencia real, denota un simple carnero pascual; más allá otro, el mito solar, que revela un vulgar asno sabio. No, no tomaremos vuestro oso. Pero somos en extremo tolerantes. Podéis tomar, en compensación, nuestros términos y nuestros símbolos. Podéis cubrir vuestra desnudez con nuestros recortes, y así seréis los *hombres-sandwichs* de que nos serviremos para esparcir la idea!

Del mismo modo, la piel de nuestros osos científicos no oculta en realidad más que materialismo y excepticismo. Nada de malo tenemos que decir del materialismo, siendo, como somos, materialistas trascendentes. El materialismo, perseguido hasta sus últimas consecuencias, se funde en la verdad con el idealismo avanzado. No hablo sino del materialismo que consiste en observar hacia atrás, y que, del axioma de que el pensamiento es engendrado por la materia, debe concluir, lógicamente, que el pudor es producido por el aflujo de sangre al semblante, ó la cólera por un temblor nervioso. En cuanto al excepticismo, es una plataforma de ómnibus, en que se aguarda á la verdad, pero no una posición mental, ni siquiera en nuestro fin de siglo. Rasgando sus excrecencias parásitas, no tardaremos en con-

parece este porvenir de tántalo que huye ante el presente y con cuánta facilidad olvidamos que terminará probablemente mañana! Examinad los términos mismos del ensueño del burgués ordinario: una posición estable, una vida asegurada, una situación segura, una vejez tranquila, una dicha serena y rentas incommovibles. Siempre la necesidad de salir del torbellino para entrar en la inmovilidad. Pero, la inmovilidad en que entraremos todos es la de la tumba, y allá, todavía, no encontraremos más que un sueño temporal. No obstante, entre el deseo del porvenir y la nostalgia del pasado, el presente se escapa como un ensueño entre dos ensueños.

Y e-e ensueño de inmovilidad es al mismo tiempo un ensueño de egoísmo; porque lo que el burgués sueña, no es solamente una posición estable, una vida bien segura, sino también una vejez envidiada y una situación dominante. Nadie se acuerda sino de asegurarse un pan sin inquietud, olvidándose de aquellos á quienes este estado de cosas privará aún del pan seco. Olvidamos siempre que la pena y el placer no existen sinó el uno á expensas del otro; que sería un gran suplicio estar inmovilizados de la dicha, y que la inmutabilidad no tiene sitio en la naturaleza, porque sería la muerte. Qué digo! la muerte misma no es mas que un cambio, es decir una manifestación de la vida! Tolstoi tiene razón al decir que gastamos toda nuestra vida en asegurarnos los medios de vivir; y Jesús no reparaba en aconsejarnos que fuésemos como los lirios de los campos y como los pájaros de las ramas!

Y no es únicamente en el dominio práctico donde reina esta ilusión de un inmutable centralismo, sino también, y sobre todo, en los dominios moral y mental. Lo que se ha convenido en llamar principios no es otra cosa que incrustaciones morales. No iré hasta afirmar que tener principios es tener vicios, pero, á lo menos, los compararé con almohadas. Ah! las gentes con principios ven la vida fácil en verdad; no son ellas quienes dudarán de la conducta requerida por cualquier circunstancia. Poseen reglas perfectas, siempre las mismas, de antemano establecidas y aplicables á todo. Un escéptico decía: «Oigo bien á mi conciencia, pero me habla con tantas voces que no se cual de ellas escuchar.» Ellos os dirán: Preguntadlo á vuestro confesor; ó bien: dirijíos al tribunal civil; ó todavía: consultad á un profesor de esgrima. O bien, sin decirlo, seguirán su interés dominante, su vicio supremo, el ejemplo de cualquiera, qué sé yo! Los motivos de los ocultistas son mucho menos fáciles de desentrañar, aun para ellos mismos, porque están enterrados mucho más profundamente. Uno de ellos ha escrito: «Cada uno tiene una filosofía propia, excepto la verdadera filosofía.»

Ah, sí, son muy elásticos los cojines del confesionario, los divanes

de los jurisconsultos y los canapés de las convenciones sociales; elásticos como la moral que representan, y que aprieta los puños ante el hambriento que roba y ensancha la aureola del conquistador que mata. Son bien cómodas las reglas que os dispensan de prever las consecuencias de vuestros actos, ó que os enseñan á arrojarlas sobre una víctima expiatoria. Son bien fáciles los dogmas que os dispensan de pensar. ¿Para qué buscar explicaciones? Ya están escritas: consultad á la Biblia, al Corán, al Avesta. ¿Os embaraza el problema de los orígenes? Es muy sencillo: *Fiat lux*. ¿Se trata del problema de los destinos? Ahí tenéis el valle de Josafat y los ángeles decapitados que tocan el arpa. ¿Sería, quizá, el origen del mal? Pero, ¿habéis olvidado la manzana?

Lector, perdona. Olvidaba que la época de las supersticiones ha pasado, que estamos en un siglo de luz científica. Ya no se trata del soplo de Jehová, sino de la Monera de Haeckel; no del fuego del infierno que abraza, sino de la substancia gris del cerebro que se calienta. Más, perdóname otra vez. Somos trascendentalmente escépticos los que tenemos la ingenuidad de creer en los dioses. La teología nos proporciona alegorías y la ciencia *processus*. Buscamos el porqué de las cosas y se nos dice su cómo. Pedimos orígenes y nos sirven piezas anatómicas. Queremos explicaciones y nos abrevan con clasificaciones correctas é ingeniosos cuadros sinópticos. No quiero atacar á la ciencia, pero, al fin, me parece que ella debería de ser algo más que una cuestión de memoria, y que, aprender, debería de acarrear, por consecuencia, comprender.

El tropiezo de la ciencia no consiste en que se llame exacta, sino en que se crea inmutable. ¿No era ciencia exacta en su tiempo la acupuntura de los chinos? ¿No era ciencia exacta, mucho después, el método de las sangrías, y si mató á muchas gentes, no se murieron ellas curadas? ¿Dónde comienza la ciencia exacta? ¿en qué época y en qué país? ¿Será con la teoría microbiana y con la práctica de las vacunas? Pero el gran sinólogo Pauthier afirma que en la China se cura los más inveterados casos de rábica, por medio de hierbas. Hasta se ha enviado de esos simples á la Academia de medicina, donde estarán todavía amohosándose. ¿Será con el hipnotismo de mañana, ese fantasma del magnetismo de anteayer? Ya curan en la Salpêtriére con frascos vacíos, sin más que hacer leer el rótulo al paciente. La medicina tiene, pues, sus modas; sin contar con que, después de todo, quizá no sea una ciencia exacta! Pero, ¿las mismas ciencias físicas, no reposan, acaso, sobre hipótesis—los átomos, que nadie ha visto, el éter, que nadie ha tocado—teorías, inducciones en una palabra? ¿Y esas teorías, no se perfeccionan, no cambian

diariamente? ¿Será porque la verdad única es que todo evoluciona, hasta, y sobre todo, la doctrina de la evolución?

No queremos atacar á la ciencia ni á la religión. Les reprochamos solamente su eselusivismo y su perpétua tendencia á creerse en posesión de toda la verdad. Las explicaciones científicas, así como las doctrinas teológicas y los principios de moral, no tienen más que una utilidad temporaria y parcial. No se llega á la verdad sino á fuerza de errores, y á la perfección sino á costa de caídas. Sólo el cambio es eterno. La ciencia oculta ha reconocido desde ha mucho tiempo el sentido profundo, de esas aparentes paradojas, y ha resuelto las antinomias de la ilusión en la identidad de lo absoluto. Así, su método es tanto más difícil de determinar, cuanto es ella más desconocida por los espíritus modernos. A decir verdad, no es un método; porque atrincherarse en un método es ser exclusivo; y la ciencia oculta, esencialmente amplia, comprende á todos los métodos, y otros más todavía. Toma de la ciencia lo que constituye para ésta la esencia de su método y el secreto de su fuerza, es decir la exactitud en la observación; y lleva el análisis mucho más lejos que la ciencia; ésta no conoce sino las exterioridades de las cosas, sus superficies; y no puede observar sino por medio de los sentidos físicos. El ocultista analiza la esencia de las cosas: entra en ellas, por decirlo así; en vez de emplear instrumentos artificiales como los telescopios y microscopios, desarrolla los sentidos internos, que le permiten transponer su conciencia desde la molécula á la estrella; atraviesa el océano, no en barco, sino en cuerpo astral. Comunica con sus hermanos distantes, no por el telégrafo, sino por la voluntad. Busca en todo el alma de las cosas, su realidad íntima, bajo sus apariencias engañosas y transitorias. Y su filosofía le enseña que: «En verdad, una amiga, hijos, riquezas, placeres, no son caros porque se pueda amar á los placeres, á las riquezas, á los hijos, ó á la amiga; sino porque se puede amar el Alma, por esto todas esas cosas son caras.»

Mas los poderes de análisis trascendente á que he aludido, son el último término del desarrollo del verdadero ocultista. La ciencia secreta es prudente: sabe que la desigualdad de desarrollo entre las verdades morales y los poderes físicos, no puede acarrear sino cataclismos sociales, y se guarda de revelar su ciencia exacta á otros que aquellos á quienes un entrenamiento psicológico especial los ha convertido en incapaces de servirse de ella para hacer daño; desarrolla las facultades en el orden mismo de su desenvolvimiento histórico: las religiosas primero, los filosóficas después, y en último término las prácticas. Á la inversa de vuestros hábitos actuales, pero conforme á las leyes de la naturaleza y del espíritu humano, comienza por la

síntesis y acaba por el análisis; procede de lo grande á lo pequeño, del todo á la parte, de lo simple á lo compuesto. Y tan distante de los procedimientos religiosos ordinarios está su síntesis, como su análisis de los métodos científicos; pues el primer principio que intenta inculcarnos es la síntesis por excelencia, la razón misma del amor y la base de la moral. Es la unidad de substancia, de vida, de esencia en el universo entero. Es la comunidad de origen y de destino de todas las criaturas. Es la identidad del alma universal é inmortal de todos los cuerpos distintos, limitados y transitorios. Y su primera regla es la Fraternidad, en el sentido más ámplio de la palabra.

Extiende hasta el dominio filosófico esta gran doctrina de Yoga, es decir, de la unión, ó, literalmente, de la religión. Nada de lo que es humano le es extraño, en pensamiento sobre todo. Recomendamos que salgamos del pequeño círculo de nuestra cerebración personal ó nacional, y que interroguemos con preferencia á los pueblos que han sentido y pensado antes que nosotros; y para guiarnos en el dédalo de los errores, planta, á modo de jalones, algunas luminosas verdades. Cuando el discípulo se ha asimilado esos hechos aislados, es decir, no sólo cuando les ha prestado su asentimiento intelectual, sino cuando los ha comprendido, observado é incorporado á sí mismo, cuando ha analizado todas sus causas y deducido todas sus consecuencias, cuando cree en esos hechos, sabiendo por qué cree además, se le dá otros hechos, igualmente aislados y que no tienen con los primeros ninguna relación á la simple vista. El espíritu tiende, entonces, á coordinar tales hechos, busca sus causas comunes, y se traza un cuadro mental provisorio. Pero, bien pronto, se le presentan nuevos aspectos de la verdad, hartos diferentes de los anteriores y comunmente incompatibles en apariencia. Y con esos procedimientos, se le obliga á pensar por sí mismo; á ensanchar los límites de sus concepciones; enseñásele á no rechazar nunca las apreciaciones de los que no piensan como él, para evitarle las incrustaciones mentales, las cristalizaciones de los dogmas y la fosilización de las fórmulas. Y más que todo, se le hace entrever que no habrá punto final en su aprendizaje, y que siempre deberá estar olvidando antiguos errores para buscar verdades nuevas. Puede la química estar contenida en algunos volúmenes, pero no así la alquimia. Su estudiante no conoce los cursos de primero y segundo año, ni los diplomas que clasifican á tanta gente entre los desclasificados. No se le dá clasificaciones, cuadros, manuales, ni digestos. No tiene más que un resúmen para consultar: él mismo, microcosmos del macrocosmos. Y á penas se haya puesto en estado de aprender y comprender, el Maestro estará forzado á venir. Encontrará entonces la lección apropiada, en una conversa-

ción, en un libro, en una circunstancia cualquiera, así que la verdad esté pronta á brotar en él. El fuego está latente en el pedernal, y el choque no es sino la ocasión de la chispa. El ser interior crea las circunstancias externas, las ocasiones de que necesita. En nuestras sociedades modernas se puede llegar á sabio sin ser santo; vemos eruditos ejemplos que no son, sin embargo, ejemplos edificantes. Puédese, del mismo modo, ser un devoto pecador; vemos todos los días, fieles que llevan á la religión en un bolsillo y á la inmoralidad en otro. Puédese, en fin, hacer grandes declamaciones sobre la moral utilitaria, esa enseña positivista explotando al mismo tiempo, y muy prácticamente, al semejante. Nada de esto ocurre en ocultismo: en él la condición esencial de progreso intelectual y práctico, es que el desarrollo espiritual y moral sea constante; la regla absoluta es que cada uno reciba según sus méritos.

Hé aquí lo que constituye la fuerza de la teosofía, lo que constituirá la vuestra, si queréis. Embarazar el espíritu para obligarle á profundizar; excitarle por varios puntos á la vez para forzarle á ensancharse, hacerle siempre olvidar que sabe algo para que recuerde que ignora; habilitarle á no sorprenderse ante ninguna opinión; á buscar la verdad antes que el error en las ajenas; á no tener una sola cuya razón de ser no conozca; á asimilar antes que á recordar; á descuidar su personalidad para desarrollar su individualidad; á despreciar las ilusiones exteriores para hacer brotar el gérmen de omnisciencia y divinidad latente en sí mismo; á poner el animal que ha sido al servicio del dios que quiere ser; á convencerse, en fin, de que, en todo momento, es lo que ha querido ser, y lo que merece; tales son algunos, algunos solamente, de los métodos del desarrollo oculto. Una doctrina que posee semejantes métodos debe tener una vitalidad extraordinaria. Un hombre sometido á tales métodos, puede decir en verdad que lleva la fortuna consigo. Hemos presenciado ese fermento poderoso, ese ácido corrosivo, obrando sobre algunos individuos y removiéndolos hasta las entrañas. Ahora bien, la reforma del individuo, es la clave de todas las reformas sociales. Por esto, la teosofía triunfará, allí donde la ciencia se recusa, donde la filosofía es impotente y donde la religión sermonea. La teosofía, síntesis de la verdadera religión, de la verdadera filosofía y de la verdadera ciencia, declara que el saber es proporcional á la cordura y á la santidad; y, por esto, es la única doctrina que puede fundar, sobre el progreso del hombre, la reforma física, moral y mental de la humanidad.

E. J. COULOMB.

M. S. T.

EL DOGMA DE LA INFALIBILIDAD

(Discurso pronunciado por el obispo Strossmayer en el Concilio Ecuménico)

Como un documento histórico de importancia que merece ser de todos conocido, no sólo porque nos presenta un hermoso ejemplo de independencia de carácter, digno de ser imitado, sino porque revela verdades que en vano tratan de cubrir con su espeso velo el espíritu sectario y los intereses de un partido religioso, publicamos á continuación el valiente y bien pensado discurso que pronunció en el Concilio Ecuménico, celebrado en el Vaticano en 1870, el obispo Strossmayer, sabio y notable prelado católico que, sobreponiéndose á toda egoísta consideración personal, levantó su voz, aunque inútilmente para su causa, á fin de desviar á la iglesia á que pertenecía del falso camino por donde ha sido desde hace muchos siglos conducida.

Al leer esas elocuentes palabras, inspiradas en un noble sentimiento, y al considerar la actitud serena y reposada del orador eminente en medio de una asamblea hostil y predispuesta á arrojar sobre él sin piedad el anatema, recordamos involuntariamente á aquellos generosos mártires que, como Savonarola y Giordano Bruno, prefirieron el suplicio á mancillar sus conciencias con honores conquistados por medio del engaño y la hipocresía.

La Sociedad Teosófica condena el dogma, como condena toda clase de imposición que tienda á impedir el libre ejercicio de las facultades por medio de las cuales debe el hombre marchar á la conquista de la verdad. No reconoce autoridad humana alguna ante la cual el individuo deba plegar su conciencia ó su razón; y si acepta la del más sabio sobre el más ignorante aconseja que nunca se reciba sin beneficio de inventario, debiendo considerarse siempre como una opinión que se entrega á nuestro estudio y que solo podemos reconocer como buena y verdadera cuando así lo haya comprendido el propio juicio. ¡Con cuánto mayor motivo, pues, condenará esa ridícula pretensión á la infalibilidad, aunque sea en materia religiosa, de un hombre imperfecto como los demás, y cuya flaqueza revela suficientemente el inmodesto y falso atributo con que trata de mostrarse al mundo!

El poder que los reyes se trasmiten y que los ha hecho dueños

San Juan, doctores á quienes nadie puede negar la autoridad divina sin poner en duda lo que la Santa Biblia, que tengo delante, nos enseña y la cual el Concilio de Trento proclamó como *la regla de la fé y de la moral*.

He abierto, pues, estas sagradas páginas; y bien, ¿me atreveré á decirlo? Nada he encontrado que sancione próxima ó remotamente la opinión de los Ultramontanos. Aun es mayor mi sorpresa, porque no encuentro en los tiempos apostólicos nada que se refiera á un Papa sucesor de San Pedro y Vicario de Jesucristo, como tampoco de Mahoma, que no existía aún.

Vos, monseñor Manning, diréis que blasfemo; vos, monseñor Fie, diréis que estoy demente. ¡No, monseñores, no blasfemo, ni estoy loco! Ahora bien, habiendo leído todo el nuevo Testamento, declaro ante Dios con mi mano elevada al gran Crucifijo, que ningún vestigio he podido encontrar del Papado, tal como existe ahora.

No me rehuséis vuestra atención, mis venerables hermanos, y con vuestros murmullos é interrupciones justificuéis á los que dicen, como el padre Jacinto, que este Concilio no es libre, porque nuestros votos han sido de antemano impuestos. Si tal fuese el hecho, esta augusta asamblea, hácia la cual las miradas de todo el mundo están dirigidas, caería en el más grande descrédito.

Si deseáis ser grandes, debemos ser libres. Agradezco á su excelencia, monseñor Dupanloup, el signo de aprobación que hace con la cabeza. Ésto me alienta y prosigo. Leyendo, pues, los santos Libros con toda la atención de que el Señor me ha hecho capaz, no encuentro un solo capítulo ó un corto versículo, en el cual Jesús dé á San Pedro la jefatura sobre los apóstoles, sus colaboradores.

Si Simón, el hijo de Jonás, hubiese sido lo que hoy día creemos sea su Santidad Pío IX, extraño es que no les hubiese dicho: «Cuando haya ascendido á mi Padre, debéis todos obedecer á Simón Pedro, así como ahora me obedecéis á mí. Le establezco por mi Vicario en la tierra.» No solamente calla Cristo sobre este particular, sino piensa tan poco en dar una cabeza á la Iglesia, que cuando promete tronos á sus apóstoles, para juzgar á las doce tribus de Israel, (Mateo, 19: 28), les promete doce, uno para cada uno, sin decir que entre dichos tronos uno sería más elevado, el cual pertenecería á Pedro. Indudablemente, si tal hubiese sido su intento, lo indicaría. ¿Qué hemos de decir de su silencio? La lógica nos conduce á la conclusión de que Cristo no quiso elevar á Pedro á la cabecera del colegio apostólico.

Cuando Cristo envió á los apóstoles á conquistar el mundo, á todos dió la promesa del Espíritu Santo. Permitidme repetirlo: si Él hubiese querido constituir á Pedro su Vicario, le hubiera dado

el mando supremo sobre su ejército espiritual. Cristo, así lo dice la Santa Escritura, prohibió á Pedro y á sus colegas reinar ó ejercer señorío ó tener potestad sobre los fieles, como hacen los reyes de los gentiles. (Lucas, 22: 25, 36). Si San Pedro hubiese sido elegido Papa, Jesús no diría esto; porque según vuestra tradición, el Papado tiene en sus manos dos espadas, simbolos del poder espiritual y temporal. Hay una cosa que me ha sorprendido muchísimo. Revolviéndola en mi mente, me he dicho á mí mismo: si Pedro hubiese sido elegido Papa, ¿se permitiría á sus colegas enviarle con San Juan á Samaria para anunciar el Evangelio del Hijo de Dios? (Hechos, 8: 15).

¿Qué os parecería, venerables hermanos, si nos permitiésemos ahora mismo enviar á su Santidad Pío IX, y á su eminencia monseñor Plantier al patriarca de Constantinopla para persuadirle á que pusiese fin al cisma de Oriente? Mas, hé aquí otro hecho de mayor importancia. Un Concilio Ecuménico se reúne en Jerusalem para decidir cuestiones que dividían á los fieles. ¿Quién debiera convocar este Concilio si San Pedro fuese Papa? Claramente San Pedro. ¿Quién debía presidirlo? San Pedro ó su legado. ¿Quién debiera formar ó promulgar los cánones? San Pedro. Pues bien, ¡nada de esto sucedió! Nuestro apóstol asistió al Concilio, así como los demás, pero no fué él quien reasumió la discusión sino Santiago; y cuando se promulgaron los decretos se hizo en nombre de los apóstoles, ancianos y hermanos. (Hechos, 15).

¿Es ésta la práctica de nuestra Iglesia? Cuanto más lo examino, ¡oh venerables hermanos! tanto más estoy convencido que en las Sagradas Escrituras, el hijo de Jonás no parece ser el primero.

Ahora bien; mientras nosotros enseñamos que la Iglesia está edificada sobre San Pedro, San Pablo, cuya autoridad no puede dudarse, dice, en su Epístola á los Efesios, 2: 20, que está edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Cristo mismo.

Este mismo apóstol cree tan poco en la supremacía de Pedro, que abiertamente culpa á los que dicen: «somos de Pablo, somos de Apolo,» (1.^a Corintios, 1: 12); así como culpa á los que dicen: «somos de Pedro.» Si este último apóstol hubiese sido el Vicario de Cristo, San Pablo se habría guardado bien de censurar con tanta violencia á los que pertenecían á su propio colega. El mismo apóstol, Pablo, al enumerar los oficios de la Iglesia, menciona apóstoles, profetas, evangelistas, doctores y pastores.

¿Es creíble, mis venerables hermanos, que San Pablo, el gran apóstol de los gentiles, olvidase el primero de estos oficios, el Papado, si el Papado fuera de divina institución? Ese olvido me parece

tan imposible como el de un historiador de este Concilio que no hiciese mención de su Santidad Pío IX. [*Varias voces: ¡Silencio. hereje, silencio!*]

Calmáos, venerables hermanos, que todavía no he concluido, Impidiéndome que prosiga, manifestaríais al mundo que procedéis sin justicia, cerrando la boca de un miembro de esta asamblea. Continuaré: el apóstol Pablo no hace mención en ninguna de sus epístolas, á las diferentes Iglesias, de la primacía de Pedro. ¿Si esta primacía existiese, si, en una palabra, la Iglesia hubiese tenido una cabeza suprema dentro de sí, infalible en enseñanza, podría el gran apóstol de los gentiles olvidar el mencionarla? ¡Qué digo! Más probable es que hubiera escrito una larga epístola sobre esta importante materia. Entonces, cuando el edificio de la doctrina cristiana fué erigido, ¿podría, como lo hace, olvidarse de la fundición, de la clave del arco? Ahora bien; si no opináis que la Iglesia de los apóstoles fué herética, lo que ninguno de vosotros desearia ú osaría decir, estamos obligados á confesar que la Iglesia nunca fué más bella, más pura, ni más santa que en los tiempos en que no hubo Papa. [*Gritos de: ¡No es verdad! ¡No es verdad!*] No digo monseñor Laval, «No.» Si alguno de vosotros, mis venerables hermanos, se atreve á pensar que la Iglesia que hoy tiene un Papa por cabeza, es más firme en la fé, más pura en la moralidad que la *Iglesia apostólica*, dígalo abiertamente ante el universo, puesto que este recinto es un centro desde el cual nuestras palabras volarán de polo á polo.

Prosigo: ni en los escritos de San Pablo, San Juan ó Santiago descubro traza alguna ó germen del poder papal. San Lucas, el historiador de los trabajos misioneros de los apóstoles, guarda silencio sobre este importantísimo punto. El silencio de estos hombres santos, cuyos escritos forman parte del canon de las divinamente inspiradas Escrituras, me parece tan penoso ó imposible, si Pedro fuese Papa, y tan inexcusable como si Thiers, escribiendo la historia de Napoleón Bonaparte, omitiese el título de emperador.

Veo delante de mí *un* miembro de la asamblea que dice señalándome con el dedo: «¡Ahí está un obispo cismático que se ha introducido entre nosotros con falsa bandera!» No, no, mis venerables hermanos; no he entrado en esta augusta asamblea como un ladrón por la ventana sino por la puerta, como vosotros; mi título de obispo me dió derecho á ello, así como mi conciencia cristiana me obliga á hablar y decir lo que creo ser verdad.

Lo que más me ha sorprendido y que, además, se puede demostrar, es el silencio del mismo San Pedro. Si el apóstol fuese lo que proclamáis que fué, es decir, Vicario de Jesucristo en la tierra, él, al menos, debiera saberlo. Si lo sabía ¿cómo sucede que ni un

sola vez obró como Papa? Podría haberlo hecho el día de Pentecostes, cuando predicó su primer sermón, y no lo hizo; en el Concilio de Jerusalem, y no lo hizo; en Antioquía, y no lo hizo; como tampoco lo hace en las dos epístolas que dirige á la Iglesia. ¿Podéis imaginaros un tal Papa, mis venerables hermanos, si Pedro era Papa?

Resulta, pues, que si queréis sostener que fue Papa, la consecuencia natural es que él no lo sabía. Ahora pregunto á todo el que tenga cabeza con qué pensar y mente con qué reflexionar: ¿son posibles estas dos suposiciones? Digo, pues, que mientras los apóstoles vivían, la Iglesia nunca pensó que había Papa. Para sostener lo contrario, sería necesario entregar las Sagradas Escrituras á las llamas ó ignorarlas por completo. Pero escucho decir por todos lados: »Pues qué, ¿no estuvo San Pedro en Roma? ¿No fué crucificado con la cabeza abajo? ¿No se hallan los lugares donde enseñó, y los altares donde dijo misa, en esta ciudad eterna?»

Que San Pedro haya estado en Roma, reposa, mis venerables hermanos, sólo sobre la tradición, más aún, si hubiese sido obispo de Roma, ¿cómo podéis probar con su episcopado su supremacía? Sea ligero uno de los hombres más eruditos, no vacila en decir que el episcopado de San Pedro y su residencia en Roma, deben clasificarse entre las leyendas ridículas. [*Repetidos gritos: ¡Tapadle la boca, tapadle la boca; hacedle descender del púlpito!*]

Venerables hermanos, estoy pronto á callarme; mas, ¿no es mejor en una asamblea como la nuestra, probar todas las cosas como manda el apóstol y creer todo lo que es bueno? Pero, mis venerables amigos, tenemos un Dictador ante el cual todos debemos postrarnos y callar, aun su Santidad Pío IX, é inclinar la cabeza. Ese dictador es la Historia. Ésta no es como un legendario que se puede formar al estilo que el alfarero hace su barro: sino como un diamante que esculpe en el cristal palabras indelebles. Hasta ahora me he apoyado sólo en ella, y no encuentro vestigio alguno del Papado en los tiempos apostólicos; la falta es suya, no mía. ¿Queréis quizás colocarme en la posición de un acusado de mentira? Hacedlo si podéis.

Oigo á la derecha estas palabras: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.» (Mat. 16: 18). Contestaré á esta objeción después, mis venerables hermanos; mas, antes de hacerlo, deseo presentaros el resultado de mis investigaciones históricas. No hallando vestigio alguno del Papado en los tiempos apostólicos, me dije á mí mismo: quizás hallaré lo que ando buscando en los anales de la Iglesia. Pues bien, lo digo francamente, busqué al Papa en los cuatro primeros siglos y no he podido dar con él. Espero que ninguno de vosotros dudará de la gran autoridad del santo obispo de Hi-

aspiraba al gobierno universal de la Iglesia. Desgraciadamente casi lo alcanzó; pero no consiguió ciertamente sus pretenciones, porque el emperador Teodosio II hizo una ley, por la cual estableció que el patriarca de Constantinopla tuviese la misma autoridad que el de Roma. Los padres del Concilio de Calcedonia, colocan á los obispos de la antigua y de la nueva Roma en la misma categoría en todas las cosas, aun en las eclesiásticas. (Can. 28). El sexto Concilio de Cartago prohibió á todos los obispos se abrogasen el título de príncipes de los obispos ú obispos soberanos. En cuanto al título *Obispo Universal*, que los Papas se abrogaron más tarde, Gregorio I, creyendo que sus sucesores nunca pensarían en adornarse con él, escribió estas notables palabras: «Ninguno de mis antecesores ha consentido en llevar este título profano, porque cuando un patriarca se abroga á si mismo el nombre *universal*, el título de patriarca sufre descrédito. Lejos esté, pues, de los cristianos, el deseo de darle un título que cause descrédito á sus hermanos.»

San Gregorio dirigió estas palabras á su colega de Constantinopla, que pretendía hacerse primado de la Iglesia. El Papa Pelagio II llamaba á Juan, obispo de Constantinopla, que aspiraba al sumo pontificado, *impío y profano*. «No se le importe,» decía «el título *universal* que Juan ha usurpado ilegalmente, que ninguno de los patriarcas se abroge este nombre profano, porque ¿cuántas desgracias no debemos esperar si entre los sacerdotes se suscitan tales ambiciones? Alcanzarían lo que se tiene predicho de ellos: «El es rey de los hijos del orgullo.» (Pelagio II, Lett. 13).

Estas autoridades, y podría citar cien más de igual valor, ¿no prueban con una claridad igual al resplandor del sol en medio del día, que los primeros obispos en Roma no fueron reconocidos como *obispos universales y cabezas de la Iglesia*, sino hasta tiempos muy posteriores? Y por otra parte, ¿quién no sabe que desde el año, 325, en el cual se celebró el primer Concilio de Nicea, hasta 580, año en que fué celebrado el segundo Concilio Ecuménico de Constantinopla, y entre más de 1.109 obispos que asistieron á los primeros seis Concilios Generales, no se hallaron presentes más que 19 obispos del Occidente?

¿Quién ignora que los Concilios fueron convocados por los emperadores, sin siquiera informarle de ello, y frecuentemente aún en oposición á los deseos del obispo de Roma, y que Osio, obispo de Córdoba, presidió el primer Concilio de Nicea y redactó sus cánones? El mismo Osio, presidiendo después el Concilio de Sárdica, excluyó al legado de Julio, obispo de Roma. No diré más, mis venerables hermanos, y paso á hablar del gran argumento á que me referí anteriormente para establecer el *Primado* del obispo de Roma.

aspiraba al gobierno universal de la Iglesia. Desgraciadamente casi lo alcanzó; pero no consiguió ciertamente sus pretenciones, porque el emperador Teodosio II hizo una ley, por la cual estableció que el patriarca de Constantinopla tuviese la misma autoridad que el de Roma. Los padres del Concilio de Calcedonia, colocan á los obispos de la antigua y de la nueva Roma en la misma categoría en todas las cosas, aun en las eclesiásticas. (Can. 28). El sexto Concilio de Carthago prohibió á todos los obispos se abrogasen el título de príncipes de los obispos ú obispos soberanos. En cuanto al título *Obispo Universal*, que los Papas se abrogaron más tarde, Gregorio I, creyendo que sus sucesores nunca pensarían en adornarse con él, escribió estas notables palabras: «Ninguno de mis antecesores ha consentido en llevar este título profano, porque cuando un patriarca se abroga á si mismo el nombre *universal*, el título de patriarca sufre descrédito. Lejos esté, pues, de los cristianos, el deseo de darle un título que cause descrédito á sus hermanos.»

San Gregorio dirigió estas palabras á su colega de Constantinopla, que pretendía hacerse primado de la Iglesia. El Papa Pelagio II llamaba á Juan, obispo de Constantinopla, que aspiraba al sumo pontificado, *impío y profano*. «No se le importe,» decía «el título *universal* que Juan ha usurpado ilegalmente, que ninguno de los patriarcas se abrogue este nombre profano, porque ¿cuántas desgracias no debemos esperar si entre los sacerdotes se suscitan tales ambiciones? Alcanzarían lo que se tiene predicho de ellos: «El es rey de los hijos del orgullo.» (Pelagio II, Lett. 13).

Estas autoridades, y podría citar cien más de igual valor, ¿no prueban con una claridad igual al resplandor del sol en medio del día, que los primeros obispos en Roma no fueron reconocidos como *obispos universales y cabezas de la Iglesia*, sino hasta tiempos muy posteriores? Y por otra parte, ¿quién no sabe que desde el año, 325, en el cual se celebró el primer Concilio de Nicea, hasta 580, año en que fué celebrado el segundo Concilio Ecuménico de Constantinopla, y entre más de 1.109 obispos que asistieron á los primeros seis Concilios Generales, no se hallaron presentes más que 19 obispos del Occidente?

¿Quién ignora que los Concilios fueron convocados por los emperadores, sin siquiera informarle de ello, y frecuentemente aún en oposición á los deseos del obispo de Roma, y que Osio, obispo de Córdoba, presidió el primer Concilio de Nicea y redactó sus cánones? El mismo Osio, presidiendo después el Concilio de Sardica, excluyó al legado de Julio, obispo de Roma. No diré más, mis venerables hermanos, y paso á hablar del gran argumento á que me referí anteriormente para establecer el *Primado* del obispo de Roma.

Por la piedra (*petra*), sobre que la Santa Iglesia está edificada, entendedís que se trata de Pedro. Si esto fuera verdad, la disputa quedaría terminada; mas nuestros antepasados, que ciertamente debieron saber algo, no pensaban así. San Cirilo, en su cuarto libro sobre Trinidad, dice: «Creo que por la piedra debéis entender la fé inmóvil de los apóstoles.» San Hilario, obispo de Poitiers, en su segundo libro sobre la Trinidad, dice: «*La roca (petra)* es la bendita y única piedra de la fé confesada por la boca de San Pedro;» y en su sexto libro de la Trinidad, dice: «Es sobre esta *roca* de la confesión de fé, que la Iglesia está edificada.» «Dios,» dice San Gerónimo, en el sexto libro sobre San Mateo, «ha fundado su Iglesia, sobre esta *pedra* y es de esta *pedra* que el apóstol Pedro fué apellidado.» De conformidad con él, San Crisóstomo dice en su Homilía 53 sobre San Mateo: «Sobre esta roca edificaré mi Iglesia, es decir sobre la fé de la confesión.» Ahora bien, ¿cuál fué la confesión del apóstol? Héla aquí: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.»

Ambrosio, el santo arzobispo de Milán, hablando sobre el segundo capítulo de la epístola á los Efesios; San Basilio de Seleucia y los pasajes del Concilio de Calcedonia, enseñan precisamente la misma cosa. Entre todos los doctores de la antigüedad cristiana, San Agustín ocupa uno de los primeros puestos por su sabiduría y santidad. Escuchad, pues, lo que escribe sobre la primera epístola de San Juan: «¿Qué significan las palabras edificaré mi Iglesia sobre esta piedra? Sobre esta fé, sobre eso que dices, tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.» En su tratado 124 sobre San Juan, encontramos esta muy significativa frase: «Sobre esta piedra, que tú has confesado, edificaré mi Iglesia, puesto que Cristo mismo era la piedra.»

El gran obispo creía tan poco que la Iglesia fuese edificada sobre San Pedro, que dijo á su grey en su sermón 13: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra (*petra*) que has confesado, sobre esta piedra que has reconocido, diciendo: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente,» edificaré mi Iglesia; sobre mi mismo, que soy el Hijo de Dios viviente. *La edificaré sobre mí mismo, y no yo sobre ti.*» Lo que San Agustín enseña sobre este célebre pasaje, era la opinión de todo el mundo cristiano en sus días; por consiguiente, reasumo y establezco:

- 1.º Que Jesús dió á sus apóstoles el mismo poder que dió á Pedro.
- 2.º Que los apóstoles nunca reconocieron en San Pedro al Vicario de Jesucristo y al infalible doctor de la Iglesia.
- 3.º Que los Concilios de los cuatro primeros siglos, mientras reconocían la alta posición que el obispo de Roma ocupaba en la Iglesia por motivo de Roma, tan sólo le otorgaron una preeminencia honoraria, nunca el poder y la jurisdicción.

silea y la restitución del cáliz á la Iglesia de Bohemia y Pío II (1458) revocó la concesión. Adriano II (867 á 872) declaró válido el matrimonio civil; pero Pío VII (1800 á 1823) lo condenó. Sixto V (1585 á 1590) compró una edición de la Biblia y en una bula recomendó su lectura, que Pío VII condenó enseguida. Clemente XIV (1700 á 1721) abolió la Compañía de los Jesuitas, permitida por Pablo III, y Pío VII la restableció.

Pero ¿á que buscar pruebas tan remotas? ¿No ha hecho otro tanto nuestro santo padre que está aquí presente, en su bula, dando reglas para esté mismo Concilio, para el caso de que muriese mientras se halla reunido, revocando cuanto en tiempos pasados fuese contrario á ello, aun cuando procediese de las decisiones de sus predecesores? Y ciertamente, si Pío IX ha hablado *ex cátedra*, no es cuando desde el profundo de su tumba impone su voluntad sobre los soberanos de la Iglesia. Nunca concluiría, mis venerables hermanos, si tratase de presentar á vuestra vista las contradicciones de los Papas en sus enseñanzas; por lo tanto, si proclamáis la infabilidad del Papa actual, tendréis que probar ó bien que los Papas nunca se contradijeron, lo que es imposible, ó bien tendréis que declarar que el Espíritu Santo os ha revelado que la infabilidad del Papado data solo de 1870. ¿Sois bastante atrevidos para hacer esto? Quizás los pueblos estén indiferentes y dejen pasar cuestiones teológicas que no entienden, y cuya importancia no ven; pero, aun cuando sean indiferentes á los principios, no lo son en cuanto á los hechos.

Pues bien, no os engaños á vosotros mismos. Si decretáis el dogma de la infabilidad Papal, los Protestantes, nuestros adversarios, subirán á la brecha, con tanta más bravura cuanto que tienen la historia de su lado; mientras que nosotros sólo tendremos nuestra negación que oponerles. ¿Qué les diremos cuando expongan á todos los obispos de Roma, desde los días de Lucas hasta su Santidad Pío IX? ¡Ay! Si todos hubiesen sido como Pío IX! triunfaríamos en toda la línea; más ¡desgraciadamente no es así, (*Gritos de: ¡Silencio, Silencio! ¡Basta, basta!*), ¡No gritéis, monseñores! Temer á la historia es confesaros derrotados; y además, aun cuando pudierais hacer correr toda el agua del Tiber sobre ella, no podrías borrar ni una sola de sus páginas. Dejadme hablar y seré tan breve como sea posible en este importantísimo asunto.

El Papa Virgilio (538) compró el Papado á Belisario, teniente del emperador Justiniano. Es verdad que rompió su promesa y nunca pagó por ello. ¿Es ésta una manera canónica de ceñirse la tiara? El segundo Concilio de Calcedonia lo condenó formalmente. En uno de sus cánones se lee: «El obispo que obtenga su episco-

pado por dinero, lo perderá y será degradado.» El Papa Eugenio III (1145) imitó a Virgilio. San Bernardo, la estrella brillante de su tiempo, reprendió al Papa, diciéndole: «¿Podrás enseñarme en esta gran ciudad de Roma alguno que os hubiere recibido por Papa sin haber primero obtenido oro y plata por ello?»

Mis venerables hermanos, ¿será el Papa que establece un banco á las puertas del templo, inspirado por el Espíritu Santo? ¿Tendrá derecho alguno de enseñar á la Iglesia la infabilidad? Conocéis la historia de Formoso demasiado bien, para que yo pueda añadir nada. Esteban XI hizo exhumar su cuerpo vestido con ropas Pontificales; hizo cortarle los dedos con que acostumbraba dar la bendición y después lo hizo arrojar al Tiber, declarando que era un perjuro é ilegítimo.

Entonces el pueblo aprisionó á Esteban, lo envenenó y lo agarró. Más, ved como las cosas se arreglaron. Romana, sucesor de Esteban, y tras él, Juan X, rehabilitaron la memoria de Formoso. Quizás me direis, esas son fábulas, no historia. ¡Fábulas! Id, monseñores, á la librería del Vaticano y leed á Platina, el historiador del Papado, y los Anales de Baronio, (897). Estos son hechos que, por honor de la Santa Sede, deseáramos ignorar; pero cuando se trata de definir un dogma que podrá provocar un gran cisma en medio de nosotros, el amor que abrigamos hácia nuestra venerable madre la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, ¿deberá imponernos el silencio? Prosigo. El erudito cardenal Baronio, hablando de la corte Papal, dice: . . .

Haced atención, mis venerables hermanos, á estas palabras: «¿Qué parecería la Iglesia Romana en aquellos tiempos? ¡Qué infamia! Solo las poderosísimas cortesanas gobernaban en Roma. Eran ellas las que daban, cambiaban y se tomaban obispados; y, ¡horrible es relatarlo! hacían á sus amantes, los falsos Papas, subir al trono de San Pedro.» (Baronio, 912). Me contestaréis: esos eran Papas falsos, no los verdaderos. Séalo así, más en este caso, si por cincuenta años la Sede de Roma se hallaba ocupada por anti-Papas, ¿cómo podréis reunir el hilo de la sucesión Papal? ¡Pues qué! ¿Ha podido la Iglesia existir, al menos por el término de un siglo y medio sin cabeza, hallándose acéfala? ¡Notad bien! La mayor parte de esos anti-Papas se ven en el árbol genealógico del Papado; y seguramente deben ser éstos los que describe Baronio; porque aun Genebrardo, el gran adúlador de los Papas, se atrevió á decir en sus crónicas (901):

«Este centenario ha sido desgraciado, puesto que por cerca de ciento cincuenta años los Papas han caído de las virtudes de sus predecesores y se han hecho *apóstatas* más bien que *apóstoles*.»

Bien comprendo por que el ilustre Baronio se avergonzaba al narrar los actos de esos obispos romanos. Hablando de Juan XI, (931), hijo natural del Papa Sergio y de Marozia, escribió estas palabras en sus *Anales*: «La santa Iglesia, es decir, la Romana, ha sido vilmente atropellada por un mónstruo, Juan XII (956). Elegido Papa á la edad de 18 años, mediante las influencias de las cortesanas, no fué en nada mejor que su predecesor.»

Me desagrada, mis venerables hermanos, tener que mover tanta suciedad. Me callo tocante á Alejandro VI, padre y amante de Lucrecia; doy la espalda á Juan XXII (1219) que negó la inmortalidad del alma y que fué depuesto por el Santo Concilio Ecuménico de Constanza.

Algunos alegarán que este Concilio fué sólo privado. Séalo así: pero si le negáis toda clase de autoridad, deberéis deducir como consecuencta lógica, que el nombramiento de Martín V (1417) era ilegal. Entonces, ¿dónde va á parar la sucesión Papal? Podréis hallar su hilo? No hablo de los cismas que han deshonrado á la Iglesia. En esos desgraciados tiempos la Sede de Roma se hallaba ocupada por dos y á veces hasta por tres competidores. ¿Quién de estos era el verdadero Papa?

Reasumiendo una vez más, vuelvo á decir que, si decretáis la infabilidad del actual obispo de Roma, deberíais establecer la infabilidad de todos los anteriores, sin escluir á ninguno; más ¿podéis hacer esto cuando la historia está allí probando con una claridad igual á la del sol mismo, que los Papas han errado en sus enseñanzas? ¿Podéis hacerlo y sostener que Papas avaros, incestuosos, homicidas, simoniacos, han sido Vicarios de Jesucristo? ¡Ay, venerables hermanos! mantener tal enormidad sería hacer traición á Cristo peor que Judas, sería echarle suciedad en la cara. (*Gritos: ¡Abajo del púlpito! ¡Pronto! Cerrad la boca del hereje!*)

Mis venerables hermanos, estáis gritando. ¿Pero no sería más digno pesar mis razones y mis palabras en la balanza del santuario? Creedme, la historia no puede hacerse de nuevo, allí está y permanecerá por toda la eternidad, protestando enérgicamente contra el dogma de la infabilidad Papal. Podéis declararla unánime, ¡pero faltaría un voto, y ese será el mío! Los verdaderos fieles, monseñores, tienen los ojos sobre nosotros, esperando de nosotros algún remedio para los innumerables males que deshonoran la Iglesia. ¿Desmentiréis sus esperanzas? ¿Cuál no será nuestra responsabilidad ante Dios, si dejamos pasar esta solemne ocasión que Dios nos ha dado para curar la verdadera fé?

Abracémosla, mis hermanos, amémonos con un ánimo santo, hagamos un supremo y generoso esfuerzo; volvamos á la doctrina de

los apóstoles, puesto que, fuera de ella, no hay más que horrores, tinieblas y tradiciones falsas. Aprovechémonos de nuestra razón é inteligencia, tomando á los apóstoles y profetas por nuestros únicos maestros, en cuanto á la cuestión de las cuestiones: ¿«Qué debo hacer para ser salvo?» Cuando hayamos decidido ésto habremos puesto el fundamento de nuestro sistema dogmático, firme é inmóvil como la roca, constante é incorruptible de las divinamente inspiradas Escrituras. Llenos de confianza, iremos ante el mundo y, como el apóstol San Pablo en presencia de los libres pensadores, no reconoceremos á nadie «más que á Jesucristo y éste Crucificado.» Conquistaremos mediante la predicación de la «locura de la cruz,» así como San Pablo conquistó á los sabios de Grecia y Roma, y la Iglesia Romana tendrá su glorioso 89. (*Gritos clamorosos: ¡Bájate! ¡Fuera con el Protestante, el Calvinista, el traidor de la Iglesia!*)

Vuestros gritos, monseñores, no me atemorizan. Si mis palabras son calorosas, mi cabeza está serena. Yo no soy de Lutero, ni de Calvino, ni de Pablo, ni de los apóstoles, pero sí de Cristo. (*Renovados gritos: ¡Anatema! ¡Anatema al Apóstata!*) ¡Anatema, monseñores, anatema! Bien sabéis que no estáis protestando contra mí sino contra los santos apóstoles, bajo cuya protección desearía que este Concilio colocase á la Iglesia. ¡Ah! si cubiertos con sus mortajas saliesen de sus tumbas ¿hablarían de una manera diferente de la mía? ¿Qué les diríais, cuando con sus escritos os dicen que el Papado se ha apartado del Evangelio del Hijo de Dios, que ellos predicaron y confirmaron tan generosamente con su sangre? ¿Os atreveríais á decirles: «preferimos las doctrinas de nuestros Papas, nuestro Belarmino, nuestro Ignacio de Loyola á la vuestra?» ¡Nó, mil veces nó! á no ser que hayáis tapado vuestros oídos para no oír, cubierto vuestros ojos para no ver, y embotada vuestra mente para no entender.

¡Ah! Si Él que reina arriba quiere castigarnos, haciendo caer pesadamente su mano sobre nosotros, como lo hizo con Faraón, no necesita permitir á los soldados de Garibaldi que nos arrojen de la ciudad eterna; bastará con dejar que hagáis á Pío IX un Dios, así como se ha hecho una diosa de la bienaventurada Virgen.

¡Deteneos! ¡deteneos! venerables hermanos, en el odioso y ridículo precipicio en que os habéis colocado. Salvad á la Iglesia del naufragio que la amenaza, buscando en las Sagradas Escrituras solamente la regla de fé que debemos creer y profesar. He dicho. ¡Dígnese Dios asistirme!

* * * * *

Estas últimas palabras fueron recibidas con signos de desapro-

bación semejantes á las de un teatro. Todos los padres se levantaron y muchos se fueron á la sala. Bastantes italianos, americanos y alemanes y algunos cuantos franceses é ingleses rodearon al valiente orador y, con un apretón fraternal de manos, demostraron que estaban conformes con su modo de pensar.

ESPIRITUALIDAD Y PSIQUISMO ⁽¹⁾

Pocas cosas llaman tanto la atención de aquellos que han visitado diferentes comarcas, como el trabajo y el éxito obtenido por la Sociedad Teosófica entre pueblos completamente separados por la situación geográfica, el idioma, las costumbres y los hábitos. El celo de las almas piadosas que, de todas partes del mundo, se han dado la mano para cooperar á la obra de aquella, el éco simpático que sus bases fundamentales han despertado en el corazón de pueblos colocados en medios tan diversos, casi bastarían á probar su enseñanza capital: el origen común de la humanidad. Tales hechos hacen pensar que, bajo las variadas capas que componen las formas exteriores en las cuales el hombre se manifiesta, corre un manantial profundo y duradero cuyas aguas penetran á todos los corazones, y en todos los tiempos.

Las verdades espirituales de las que la Sociedad Teosófica es la expresión más reciente, son tan antiguas como la humanidad; sus raíces se encuentran en lo más hondo del sér; pero, es en la atmósfera espiritual especialmente propicia del oriente que han florecido primero bajo forma de ideas concretas asimilables,—aunque con frecuencia imperfectamente,—para el cerebro humano. Es por esto que el Oriente ha sido siempre la fuente madre de donde han salido todos los grandes sistemas religiosos del mundo, y porqué en todo tiempo los pueblos han dirigido sus miradas hácia el Oriente y sus misterios, cuando han tratado de buscar la solución de los grandes problemas de la vida y del sér. Es, pues, natural y justo, que el estudio de las literaturas y de las religiones orientales ocupe una vasta parte en los trabajos de la Sociedad Teosófica, desde que en ellas están escondidas las

(1) Discurso pronunciado en el Congreso Teosófico Internacional de 1900 en París.

sublimes verdades que la Teosofía moderna ensaya revivir en el mundo; y que, como Indio, me sienta orgulloso del éxito de un movimiento que glorifica la magnífica herencia que nos han dejado nuestros antepasados y que, por nuestra apatía, había caído en el olvido.

Puesta á parte esta satisfacción personal, contemplo á la Sociedad Teosófica como un lazo directo que une este mundo exterior, sin vida, entregado á insignificantes ocupaciones que, en su ceguera, los hombres toman como importantes empresas, al mundo maravilloso del Espíritu que respira la vida y la alegría eternas. Es una verdadera barca de salvataje que lleva al hombre abnegado y resuelto, á través del océano del materialismo, al puerto del reposo y de la paz, y me admiro, amenudo, que un número mucho mayor de personas no entren en ese buque que está á su alcance. ¡Cuántos de nosotros, sin embargo, conocen por experiencia el consuelo de tener un refugio asegurado en medio de los dogmas contradictorios de las religiones exotéricas, de las perturbadoras doctrinas de filosofías rivales, y de las preocupaciones fatigosas de una vida material sin alma y sin fragancia!

En el Occidente, donde la ola del materialismo se ha elevado tan alto que la vida de los sentidos parece haber apagado la del alma, la Sociedad Teosófica es un beneficio cuya naturaleza y extensión serán mejor apreciadas por las generaciones futuras que recogerán los frutos de la labor de los actuales pioneros. Hasta en la India misma, cuna de las aspiraciones espirituales, país único en el mundo donde desde hace un tiempo inmemorial arde el fuego espiritual que las vicisitudes exteriores han oscurecido sin conseguir apagar; en esa tierra sagrada, aquella sociedad ha sido la salvación de la población. La diferencia que se constata en el sentimiento de respeto nacional por las cosas espirituales desde una veintena de años atrás, tiene algo de milagroso. A despecho de la luz de las Escrituras y de las santas tradiciones, luz que debió ser para ellos un faro brillante, mis compatriotas vogaban hácia los escollos del materialismo donde se habría hundido el tesoro precioso de sus conocimientos espirituales, cuando aparecieron entre ellos dos notables personalidades que operaron un cambio prodigioso en la corriente del pensamiento indio. La una ha abandonado ya el vestido de carne bajo el cual el mundo la conocía, pero ha dejado detrás de sí una influencia bastante poderosa para animar todavía el movimiento que le fué más querido que la propia vida. La otra está, felizmente aún, al frente de la obra: es nuestro Presidente ⁽¹⁾, ese veterano que tanto hace por el levantamiento de la India y cuyo familiar semblante soy feliz al

(1) El coronel Olcott, presidente fundador de la Sociedad Teosófica.

contemplar en esta interesante asamblea. Todos los corazones le bendicen por su noble trabajo é imploran que una larga existencia le sea acordada para su humanitaria acción.

Si el bien hecho á la India por la Sociedad Teosófica es inmenso, su obra en Occidente será más admirable aún, pues debemos esperar que, como resultado de esos trabajos, llegará un día en que los Occidentales sean conducidos á una percepción más clara de ese mundo espiritual cuya luz hace desaparecer el pálido reflejo del mundo material. Esto se cumplirá menos pronto que en la India, donde no ha habido más que despertar en el pueblo recuerdos familiares, casi olvidados, mientras que en Occidente es necesario hacer penetrar verdades, todavía ignoradas, en espíritus que ni la herencia ni el estudio han preparado para aceptar. Las naciones occidentales pisan sobre un terreno nuevo y desconocido, y no pueden adelantar en él sino con prudencia y reflexión. Mostrarán, pues, cordura, si aprovechan de la experiencia, largo tiempo acumulada, de las naciones orientales que, habiendo sido las primeras en cultivar aquel terreno, están ya familiarizadas con los precipicios y las trampas que allí se encuentran y en los cuales es tan fácil como peligroso caer.

Al tomar la palabra en este Congreso, he sido movido por el deseo de advertiros respecto de uno de esos peligros que puede ser evitado cuando se comprenda bien su naturaleza. En mis viajes por Europa y America, fui sorprendido por el interés profundo y general que, desde hace poco, se toma por las cuestiones espirituales; pero ví también surgir en el espíritu humano, como la espina cerca de la flor, una fuerte inclinación hacia los fenómenos psíquicos. He visto hacer grandes esfuerzos á mucha gente para reunir todas las condiciones necesarias á la producción de hechos extraordinarios, lo que no es sino el resultado de la misma debilidad que lleva á los hombres á querer arrancar las frutas antes de su madurez. Es precisamente una característica de la civilización actual, ese apresuramiento febril por llegar al fin, cueste lo que cueste, por los medios más rápidos, sin tener la paciencia de trabajar y de esperar prudentemente el mejor momento para recoger el fruto de los esfuerzos. No hay, pues, que asombrarse, si algunos investigadores, persiguiendo un fin divino, se extravían en los senderos de travesía del psiquismo inferior.

Todos conocemos la gran diferencia que separa el plano espiritual del psíquico; está, por consiguiente, demás, recordaros que el titulado «fenómeno» pertenece al plano astral y que no tiene sino muy poca afinidad con el espiritual. Es verdad que este último es poco comprensible y que sus realidades son muy difíciles de aprehender

por espíritus acostumbrados á actuar en un medio material, como es verdad también que estando el plano astral en contacto íntimo con el físico, es más fácil á los hombres penetrar conscientemente sus detalles y poder traducirlos enseguida en el lenguaje de la experiencia terrestre. Pero, aquellos cuyo ideal es el de servir á Dios y á la humanidad por la vía de la purificación y del perfeccionamiento, no deben dejarse tentar por la vanagloria de engrandecerse adquiriendo algunos poderes fáciles, no poseídos por sus hermanos, pues peligros desconocidos y sin número amenazan al ser que se pierde en las regiones mayávicas (ilusorias), sin estar munido del fanal del verdadero conocimiento,—el conocimiento espiritual. El que allí penetra sin él, se asemeja á un frágil esquife lanzado sobre un mar borrascoso, sin mástil ni timón. No niego que esos poderes, como todos los demás, no pueden ser, y aún no sean empleados para ayudar á los hombres; pero, para tener una acción efectiva, deben ser los corolarios de los poderes del alma, los cuales son los frutos maduros de la sabiduría; frutos adquiridos por numerosas existencias de sacrificio y de pureza. Por eso es que en la India, en ese país impregnado de la experiencia de los siglos, se desvía con empeño á los estudiantes de la adquisición de los *Sidhis*, ó poderes psíquicos, aunque se haya reconocido siempre la posibilidad de adquirir ciertos poderes anormales por prácticas extrañas. Hoy existen todavía hombres que se sienten orgullosos de poseer esos poderes llamados milagrosos que atraen sobre los que los manifiestan la admiración y el temor de las multitudes ignorantes. La naturaleza humana es por todas partes la misma, y, como la sombra sigue al sol, igualmente la sed ardiente de esos poderes sigue amenudo al deseo sincero del conocimiento espiritual; pero, es necesario reconocer, sin embargo, que jamás, en la India, el péndulo del error ha oscilado hasta el punto de hacer confundir los juegos de habilidad con la Yoga, como tuvo lugar en Londres en una circunstancia memorable.

Con frecuencia se ha interpretado mal este término, «Yoga», mas á pesar de ello se ha ligado siempre á él la idea de purificación interior y de control de las diversas actividades mentales. Haciendo á un lado esa clase de ascetas errantes que se martirizan con la esperanza de pasar por santos, no se ha considerado como Yogui más que al hombre que, habiendo estudiado las leyes interiores del ser, regula su vida según los consejos de su Dios interno, y adquiere un control perfecto sobre todos sus sentidos, incluso el que se llama el *Rajá* (el rey) de ellos: el mental. Es, en efecto, el mental del hombre quien vitaliza todos los órganos y preside á la construcción de la personalidad, es decir del ser consciente de sí. Está escrito, en verdad, en los libros santos, que la verdadera «Yoga» consiste

er el control del mental, pues este es el centro de los pensamientos, y los pensamientos son las fuerzas que establecen la estructura interior del hombre, siendo este, santo ó vicioso, según sus pensamientos sean puros ó impuros. Pero, no solamente el cuerpo interior sino el cuerpo físico mismo está influenciado por los pensamientos habituales que reglan la vida individual. ¿Quién no ha constatado la diferencia de aspecto físico entre el santo que dedica su vida al servicio de Dios y del prójimo, y el miserable que no vive sino para perjudicar á sus semejantes ó satisfacer sus pasiones? Y este efecto del pensamiento no está limitado á un solo plano, pues los diversos cuerpos que nos servirán en nuestras futuras encarnaciones deberán ser formados según los pensamientos que hayan dominado nuestra encarnación presente. Aquéllos de entre nosotros que conocen la enseñanza teosófica sobre los diferentes cuerpos que constituyen el sér, y los diferentes planos de materia que les corresponden, comprenderán fácilmente que, durante la construcción de los cuerpos, el pensamiento, que es una fuerza viva, atrae las moléculas de materia que están en afinidad con él y atrae también los elementales ó espíritus de la naturaleza, que le son congéneres, para cooperar á ese gran trabajo de construcción de una entidad tan compuesta como el hombre. No se debe suponer que esta potente influencia del pensamiento se detenga en los cuatro principios humanos que le son directamente sometidos: ella se extiende, más allá é impregna los principios superiores del individuo. Es este el fuego del sacrificio: su humo se eleva hácia el cielo, adorando al Dios que está en nosotros.

Veamos, pues, cuidadosamente por la manera como empleamos esta todo-poderosa energía; tratemos de hacer á nuestros pensamientos más elevados y menos personales y de llegar á someter nuestra naturaleza al Dios interior, porque allá está la raíz de toda verdadera Yoga, como de toda verdadera Religión. El,—lo Divino en el hombre,—está siempre presente en lo más profundo de nuestros corazones, y, en los días más sombríos y más desgraciados, no nos abandona, siendo nuestros propios pensamientos quienes, por sus vibraciones discordantes, nos impiden percibir sus delicadas melodías. La flauta de Shri-Krisna no está nunca silenciosa, pero si sus divinas armonías no encuentran á nuestros corazones acordados al unísono ¿cómo pueden hacerlos vibrar y despertarlos con sus celestiales notas? ¿Qué deber más grande, qué culto más sublime que el esfuerzo enérgico y persistente por poner á nuestros pensamientos al diapason de esta voz, débil todavía,—que se hace oír en el fondo de nosotros mismos? Para llegar allí, los esfuerzos violentos son inútiles; no es necesario abandonar la vida ordinaria

no es urgente, antes bien perjudicial, ponerse en contacto con las sombras del plano astral por medio de espejos mágicos, de mesas giratorias, ó de otras puerilidades semejantes; pues ese plano hormiguea de entidades buenas como de entidades malhechoras y, si aquel que penetra en él, no ha alcanzado una pureza absoluta de pensamiento y de vida, atraerá probablemente hácia él demonios elementales, cayendo víctima de esas poderosas fuerzas naturales á las cuales se habrá él mismo inconsideradamente expuesto por carecer del conocimiento que sólo dá el desenvolvimiento interior. No es preciso tampoco huir de las ocupaciones del medio donde nos ha colocado el Karna para ir á buscar la soledad de los bosques, pues la fuerza se adquiere combatiendo, no huyendo la lucha. Es fuera de duda que intervalos, hasta existencias de paz y de reposo contribuyen á darnos un anticipo de la calma y de la dicha que llenan el alma de los seres muy evolucionados; pero hay que saber que esos retiros sirven como descansos en vista de luchas futuras, y no deben ser buscados como un goce definitivo.

El héroe que desea obtener la mayor victoria,—la conquista de sí mismo,—no debe pensar en su propia felicidad; sino por el contrario, debe estar siempre pronto para combatir contra las pruebas y las tribulaciones que encuentre á cada paso en la vida de este mundo y que se multiplican á medida que él adquiere la fuerza y la energía necesarias para resistirles y para aniquilarlas.

Es este un destino lleno de sufrimiento y lleno del más intenso dolor, pero también es el único que vale ser deseado y vivido, porque él sólo conduce á la gloria y á los piés del Divino Maestro,—el Maestro que son dignos de servir sólo aquellos que consienten en propender á la dicha de la humanidad al precio de su propia sangre. Tal es el sendero escarpado y sembrado de espinas que nos está abierto. Que los que posean la fuerza y el valor necesarios lo sigan; él conduce á una paz y á una alegría indecibles, lleva á la visión de todo el esplendor del Dios que adoran. Es bastante rudo como para probar á los más fuertes, pero los débiles pueden fortificarse en él, desde que las dificultades son proporcionales á los medios de cada uno, y las potencias hostiles no atacan más que á los que están ya aguerridos en los combates. Que los más débiles de entre nosotros, se animen, pues por una misericordiosa dispensación de la Providencia, las pruebas son raras en el principio, y, además, inmediatamente de dados los primeros pasos, se pueden percibir ya algunos resplandores de la Luz divina, ténues y pocos es cierto, pero que traen tanta tranquilidad y tan gran alegría al alma que el neófito sube paso á paso, sin perder un instante la esperanza, porque siente que la ayuda vá con él.

Tal vez debería añadir algunas palabras de consuelo á aquellos á quienes seduce todavía el sueño de los poderes anormales. Todo lo que el estudiante, dotado de poderes psíquicos, puede ver y desear,—y aún mucho más todavía,—está revelado á la intuición del vidente iluminado, no en el resplandor indeciso del fuego fátuo que se agita á la vista psíquica, sino en el sol diáfano del conocimiento tranquilo y seguro que impide toda caída y dá el medio de controlar las fuerzas terribles en acción sobre el plano astral. Pero esos poderes no nos son dados para satisfacer una curiosidad vana, ni para nuestro desenvolvimiento personal, sino únicamente para ir en ayuda de nuestros semejantes. Feliz aquél á quien le han sido acordados sin que él los haya apasionadamente deseado, porque entonces puede ofrecerlos en sacrificio sobre el altar de su Dios interior mientras él se postra á los piés del Señor sin otro deseo en el corazón que el de servirle. Para aquél la caridad es imposible, pues es con razón que nuestras Escrituras dicen: «Aquellos que escalan las altas cumbres por medio de mortificaciones austeras se creen libres, pero, en realidad, están ciegos porque faltan de devoción hacia Tí, «El Uno á los ojos de lotus» ¡y esos caen en el fondo del abismo por no haber reverenciado Tus piés. Pero, Tus verdaderos discípulos, oh Mád hava, no pierden el sendero, porque ellos están unidos por los lazos del amor, y protegidos por Tí, marchan sin temor, pisando las cabezas de sus enemigos!»

GYANENDRANATH CHAKRAVARTI.

LA VIDA TEOSÓFICA

El mundo juzga, y con razón, al árbol por sus frutos y de igual modo juzga á la filosofía práctica por los efectos que produce sobre la vida de aquellos que la profesan. Cuando un sistema filosófico pretende tener una enseñanza moral, nadie puede sentirse mortificado porque se examine los resultados de dicha enseñanza á fin de ver si corresponden á la teoría; pues una moral que no produce ningún fruto, es lo mismo que la falta de ella.

La nota dominante en la Teosofía es la Fraternidad y á es á ella

á la que los ilustres Maestros han dado tanto peso. La fraternidad sentada por la teosofía no es una utopía que se diseña vagamente en el horizonte; nó, debe realizarse en medio de nosotros, hoy mismo, en nuestra vida de familia y en nuestra vida social. Un hermano que no procede como un hermano no es teósofo y tan es así que un Maestro ha escrito: «El que no practique el altruismo, el que no esté pronto á dividir su último trozo de pan con otro más pobre y más débil que él,—el que descuide ayudar á su hermano cada vez que le encuentra en la necesidad, cualquiera que sea la raza, la nación ó la fé á la cual este hermano pertenezca, y que se tape los oídos para no escuchar el grito de la miseria humana,—el que oye calumniar á una persona inocente, sea un hermano teosófico ó nó, y no tome su defensa como tomaría la suya propia,—ese hombre no es un teósofo!»

Se podrá decir que esto ha sido ya predicado por todos los Grandes Maestros de nuestra raza, por Gautama el Buddha y por Jesús el Cristo, y, en efecto, es cierto, sirviendo esta importante verdad para recordarnos que todos esos Maestros han salido de una misma fraternidad, y que por esa razón todos han sido como ramas que partieron de un gran tronco central. El valor de la enseñanza no es empujado sino, por el contrario, aumentado, cuando encontramos que las Grandes Almas que son reverenciadas por millones de seres han tenidos todas ellas el mismo lenguaje al referirse á esta verdad esencial, y si se nos pregunta por qué, en tal caso, la teosofía la proclama de nuevo, responderemos: porque las condiciones sociales é internacionales del mundo prueban que ese principio de la fraternidad universal no ha operado todavía con bastante amplitud.

Algunos, entre nosotros, creen que si se puede probar (y la teosofía lo prueba) que la fraternidad es un hecho que pertenece á la naturaleza, y que no reposa sólo en la simple orden «sed hermanos», sino sobre la afirmación «sois hermanos», entonces los hombres, habiéndolo aceptado una vez el hecho, lo pondrán en práctica como lo hacen con todos los otros hechos de la naturaleza una vez reconocidos y aceptados definitivamente.

Y la teosofía prueba el hecho. Lo prueba sobre los planos físico, astral, psíquico, mental y espiritual, y dá así á esta enseñanza, que remonta á tiempos inmemoriales, una base fundada en un método científico.

De esta investigación de la fraternidad como un hecho de la naturaleza, el teósofo saca el conocimiento de que él influencia á los que lo rodean mucho más de lo que se imaginaba.

Aprende sobre el plano físico que su cuerpo se compone de miríadas de vidas imperceptibles que van y vienen incesantemente y

que esas vidas que no se unen de ese modo á él sino por cierto tiempo son modificadas y reciben una impresión dada según el tratamiento que ha sufrido cuando estaban con él. Que ella le dejan para juntarse á otros cuerpos, ya sean minerales, vegetales, animales ó humanos, y llevan á estos las modificaciones que han recibido de su último huésped. De allí proviene la importancia de la pureza física, de una dieta sóbria, de la temperancia en todas las cosas. Si esas vidas infinitas están alimentadas groseramente, si están impregnadas de alcohol ó son manchadas de una manera ó de otra durante su estadía con nosotros, ellas se dispersan enseguida como mensajeras del mal, propagan nuevos males, ó bien hacen más intenso el que corresponde á sus propias tendencias cuando le encuentran en su camino. Las vidas por ejemplo, que absorben el alcohol en el cuerpo de un bebedor moderado, uniéndose, enseguida de abandonar este, al cuerpo de un borracho, harán el deseo del último por la bebida mucho más violento.

Pero, no es el único el plano físico; hay el plano astral sobre el cual actuamos por nuestras energías psíquicas, por nuestro poder menos material. El teósofo sabe que él puebla continuamente ese plano con sus pensamientos, sus deseos, sus emociones, que afectan á todos aquellos que lo rodean dándoles impulsiones hácia el bien ó hácia el mal; pues cada uno de nosotros piensa los pensamientos de los otros, lo mismo que respira el mismo aire ya respirado por los demás. Por eso, pensamientos puros, elevados, no egoistas, tienden á reflejarse en los otros cerebros, ayudando á sus dueños á vivir noblemente, así como los pensamientos de cólera, de crueldad, de concupiscencia, se reflejan igualmente en los cerebros de los que tenemos á nuestro lado, siendo las epidemias criminales debidas á esta acción de la «luz astral» sobre naturalezas más susceptibles á impulsiones criminales.

Todos los humanos trabajan así de una manera inconsciente sobre el plano astral y sobre el mental; pero el teósofo debe ser un obrero consciente y debe continuamente, por medio de sus pensamientos, trabajar por el adelanto de la humanidad.

No pudiendo sustraerse á la acción, pero siendo libre de escoger su propia línea, está obligado á reflexionar respecto de esta influencia, que no puede evitar, sobre el mundo exterior, y á estudiar el medio que lo rodea para ver cómo podrá mejor emplear sus energías.

Considerándose como un servidor de la humanidad y mirando sus poderes como habiéndole sido dados para el bien de todos, buscará todas las ocasiones que le sirvan para hacerse útil personalmente. Tomará la parte que su juicio apruebe en el movimiento

social y político, y, aquí, el amor y la justicia, esos dos aspectos bajo los cuales la verdadera fraternidad se revela, serán su piedra de toque.

Tendrá cuidado que su vida no sea un fardo para los demás y devolverá fielmente en trabajo lo que tome para vivir. Evitará, tanto como le sea posible, en nuestro sistema social, tan complicado, estar jamás asociado en una obra de opresión ó de injusticia, y ensayará comprender sus relaciones con aquellos de sus hermanos que por su trabajo contribuyan á su subsistencia. Escogiendo la línea de servicio que quiere adoptar, meditará respecto de sus capacidades, de sus conocimientos, de sus oportunidades, y trabajará, sea en el movimiento público, sea en la caridad privada, sea con la pluma ú oral ó manualmente, según sus aptitudes. Hay una regla excelente que debe hacer suya: la de no renunciar nunca á ninguna obra social á menos que no sea para aceptar una tarea más pesada. La obra general de la reforma política ó social ó la de la filantropía, no debe ser abandonada sino en favor de algún otro deber más fatigoso y más necesario, y no con el propósito de descañar ó de perseguir un fin egoísta.

Es así como debe vivir el teósofo.

ANNIE BESANT.

EL SECRETO DEL CONDE DE SAINT-GERMAIN

El conde de Saint-Germain es sin disputa el hombre más admirable de que la historia haya conservado recuerdo.

Apareció, un día, en Francia, en el último siglo, bajo Luis XV, con el nombre que ha hecho célebre, nombre que provenía de unas tierras que compró en el Tirol, y cuyo título pagó al papa el derecho de usar. Antes había llevado ya el de marqués de Montferrat; en Venecia se había hecho llamar conde de Bellamare; en Pisa era el caballero Schoening; en Milán el caballero Weldon; en Génova el conde de Soltikoff, y en Schwalbach el conde Tzarogy. Se le suponía de origen húngaro.

Su belleza era notable y sus maneras espléndidas. Tenía una elo-

cuencia extraordinaria, una instrucción y una erudición maravillosas y conocía y hablaba correctamente casi todas las lenguas europeas: francés, inglés, italiano, español, portugués, alemán, ruso, danés y sueco, así como varios dialectos orientales.

Músico consumado, tocaba todos los instrumentos, aunque prefería particularmente el violín al que hacía vibrar tan divinamente que dos personas que lo oyeron y que escucharon más tarde al famoso maestro genovés Paganini, colocaban á estos dos artistas á un mismo nivel: « Saint-Germain habría podido rivalizar con Paganini », decía un octogenario belga en 1834; y un lituano, maravillado, exclamaba á su turno oyendo á Paganini: « Es Saint-Germain resucitado en el cuerpo de un esqueleto italiano, quién ejecuta en el violín ».

Rico hasta el exceso, despreciando profundamente los tesoros, se le veía prodigar dones fantásticos á sus amigos y hasta á los príncipes, siendo sus cofres inagotables. Transmutaba los metales, fabricaba oro y decía haber aprendido de un viejo Brahma indio el medio de «vivificar» el carbono puro, es decir de transformarle en diamante. « En 1780, durante su visita al embajador francés de la Hogue, hizo pedazos con un martillo un diamante soberbio que había producido por medios alquímicos, cuyo compañero, fabricado también por él, acababa de vender á un joyero por el precio de 5,500 luises de oro » (Kenneth Mackensie).

Vivía suntuosamente, aceptaba invitaciones á comer, pero no probaba ningún plato. Hablaba siempre con un brío notable, sobre cualquier sujeto que versara la conversación y con un tono afirmativo que indicaba un conocimiento perfecto del asunto; contaba, con minuciosos detalles, anécdotas y acontecimientos que databan de dos ó tres siglos antes; describía escenas pasadas en la corte de Francisco I^o, como si las hubiese presenciado, pintando exactamente la fisonomía del rey, imitándo su voz, sus modales, su lenguaje, y tomando sin cesar la actitud de un testigo ocular; narraba historias análogas sobre Luis XIV y daba vivas descripciones de las personas y de los lugares.

Tenía una prodigiosa memoria; podía repetir exactamente y palabra por palabra el contenido de un diario que hubiese leído rápidamente muchos días antes y escribir con las dos manos á la vez: con la derecha, una poesía, por ejemplo, y con la izquierda una nota diplomática de la más alta importancia. Muchos testigos, vivos al principio de este siglo, podían atestiguar sus maravillosas facultades.

Leía, sin abrirlas, las cartas cerradas y aún antes de que se las hubiesen entregado, y generalmente profetizaba en las cortes de

Luis XV y de Luis XVI. Comía muy poco, y solo una pasta de harina de avena preparada por él; se acostaba por lo común muy tarde, sin estar jamás fatigado, pero tomaba extraordinarias precauciones contra el frío.

Con frecuencia se ponía en estados letárgicos que duraban de 30 á 50 horas, y en esos momentos su cuerpo parecía como muerto; en seguida se despertaba restaurado, rejuvenecido, vigorizado por ese reposo mágico, y dejaba estupefacta á la asistencia narrándole todo cuanto había pasado de importante en la ciudad ó en los negocios durante ese tiempo. Sus profecías, como sus previsiones, no le engañaban jamás.

Federico II de Prusia, su íntimo amigo, decía que nadie había podido descifrar el enigma de Saint-Germain, y sin embargo, este conocía á fondo todas las Cortes. En 1772 era, en Viena, el confidente y amigo del Príncipe Orloff á quien salvó de la muerte en los momentos de las conspiraciones políticas que agitaron al país y jugó probablemente un gran rol en la revolución que colocó á Catalina II sobre el trono de Rusia. El príncipe Carlos de Hesse Cassel fué su entusiasta admirador y su protector.

Se decía, y él lo dejaba creer, que era poseedor del *Elixir de larga vida*, y se pretendía que contaba 2000 años de existencia. Constantemente cuestionado á propósito de su longevidad, respondía con una habilidad maravillosa, negándose el poder de hacer volver los viejos á la juventud, al mismo tiempo que afirmaba tranquilamente conocer el secreto de detener la decadencia del cuerpo humano. Su verdadero secreto de larga vida, decía, estaba en la dieta y en su maravilloso Elixir.

Daba á las mujeres misteriosos cosméticos destinados á conservar la belleza, y á los hombres les hablaba sobretodo de sus conocimientos sobre la transmutación de los metales y sobre los procedimientos que le permitían fundir las chispas de diamante para hacer brillantes piedras: sus aserciones estaban sostenidas por una colección de dijes de una rara magnificencia y por una riqueza en apariencia inagotable.

Desapareció tan misteriosamente como vino. El príncipe de Hesse Cassel cuenta que aquél murió en 1783, mientras hacía experiencias sobre los colores en Eckrenford, pero es una cosa bien extraña que la historia no haya consignado la muerte de un hombre que apasionó á todo lo que había de grande en Europa, y que de ella se tenga noticia sólo por el testimonio incierto de un amigo; así como es soberanamente asombroso que jamás se haya dicho una palabra sobre sus funerales, que en ningún registro existan sus huellas, ni que ninguna memoria los recuerde. Un hombre que

encontrados acá ó allá, en todos los tiempos, por algunos individuos favorecidos y que se han conocido como lamas, bonzos, druzos, coptos, etc... El célebre Marco Polo, de Venecia, fué testigo de sus prodigios y los reafirmó por medio del juramento en su lecho de muerte.

Existen también obreros agrupados por series reducidas: *Los pequeños grupos de trabajadores*. Se les ha visto, sin saber lo que eran, en París, hasta el fin del reinado de Luis Felipe; se les llamaba los *Estrangeros Nobles*, ó los *Boyardos*, los *Gospodarscalacos* los *Nababs indios*, los *Margraves húngaros*.

Los primitivos *Templarios* contenían en su seno un número bastante grande de esos obreros, los que ensayaron restablecer la Doctrina Secreta cristiana y obedecían á los gefes de una importante Fraternidad del Este. Sus miembros se han perpetuado hasta nuestros días, y es de ellos que los Frances-Masones primitivos heredaron sus símbolos y su enseñanza: símbolos no comprendidos desde hace largo tiempo, enseñanza perdida, tal vez sin esperanza de volverse á encontrar.

Los *Rosa-Cruz* han formado, y forman quizás todavía, la Fraternidad más misteriosa que jamás se ha establecido sobre el suelo occidental; ningún hombre del mundo ha conocido conscientemente un verdadero Rosa-Cruz, y la tortura á la cual la iglesia ha sometido á algunos de sus miembros no ha arrancado de labios de ellos sino algunas engañosas confesiones.

Los *Druzos* iniciados forman todavía una Fraternidad secundaria á la cual pertenecen ciertos occidentales, pero su campo de acción está limitado al Asia menor, á la Arabia y á la Abisinia.

Hé aquí lo que dice Mackensie de la *Fraternidad hermética de Egipto*, en su Enciclopedia: « Hay una Fraternidad que se ha propagado hasta nuestros días y cuyo origen remonta á una época muy lejana. Ella tiene sus oficiales, sus signos secretos, sus palabras de seña, su método particular en la enseñanza de la ciencia, de la filosofía y de la religión... Si se cree á sus miembros actuales, la piedra filosofal, el elixir de vida, el arte de hacerse invisible, el poder de comunicar directamente con el otro mundo, serían una parte de la herencia de su sociedad. Sólo he encontrado tres personas que me han afirmado la existencia actual de esta corporación religiosa de filósofos, y que me han dejado adivinar que ellos mismos hacían parte de ella. No he tenido razón para dudar de su buena fé; no parecían conocerse; tenían una honesta presencia, una conducta ejemplar, maneras austeras, y costumbres casi ascéticas. Representaban de 40 á 45 años, poseían al parecer una vasta erudición... un conocimiento perfecto de las lenguas... No habitaban

nunca mucho tiempo en el mismo sitio y se alejaban sin llamar la atención ».

Pablo Lucas (*Viaje del señor Pablo Lucas, por orden del rey, en la Grecia, el Asia menor, la Macedonia y el Africa, cap. XIII*), encontró en Bournous Bachy, un grupo de cuatro derviches que formaban parte de una Fraternidad oriental, los que lo sorprendieron prodigiosamente. Habitaban la mezquita y esperaban, en este sitio, á los otros tres compañeros que completaban el grupo. Hablaban igualmente bien todas las lenguas de las naciones civilizadas; representaban una edad de treinta años, pero su erudición, su ciencia enciclopédica, parecían atestiguar una vida de muchos siglos. La química, la alquimia, la kabala, la medicina, la filosofía, las religiones, les eran prodigiosamente familiares; uno de ellos con quien Lucas se había más particularmente ligado, le aseguró que la piedra filosofal permitía vivir un millar (?) de años y le contó la historia de Nicolás Flamel á quien se creía muerto y vivía, según relataba, en las Indias con su mujer. A través de estas exageraciones, se puede reconocer que Pablo Lucas se había encontrado en contacto con Iniciados.

Existe hoy todavía, en los Estados Unidos de América, una Fraternidad mística que pretende relacionarse estrechamente á una de las paternidades más poderosas del Este; se le llama la *Fraternidad de Luxor*, y sus miembros tienen la guarda de tesoros científicos los más preciosos. Aunque existe desde largo tiempo y aunque trabaja activamente, el secreto de su existencia ha sido rigurosamente guardado. Mackenzie la hace descender de los Rosa-Cruz, lo que, para las personas bien informadas, es un error: ella es de origen oriental. Ha desempeñado un rol capital en el nacimiento y propagación del movimiento espiritista, el cual, á pesar de sus errores y de sus faltas graves, ha detenido la ola invasora del materialismo que, hace medio siglo, amenazaba sumergir enteramente al Occidente.

La *Gran Fraternidad* marcha por líneas algo diferentes y persigue el desenvolvimiento de la humanidad por otros métodos. Espera el nacimiento de un sub-ciclo de espiritualidad, y, en ese momento, envía un Mensajero á la parte del globo animada por la «ola de vida». Desde hace algunos siglos, esta ola civiliza el occidente, y es allí que se dirigen los mensajeros ocultos.

Saint-Germain fué el porta-luz enviado á Francia, hácia el fin del siglo último, y tenía por misión establecer una organización semejante á la Sociedad Teosófica actual, es decir un instrumento destinado á preparar las bases de una realización, parcial al menos, de la Fraternidad universal, y á poner en relación los hombres más evolucionados de la Europa con los discípulos de los grandes maestros del Este.

Los excesos de la revolución ahogaron el germen que él había plantado; la simiente se pudrió en el suelo y lo infectó. Por eso el enviado del siglo actual ha escogido otro terreno: el terreno anglo-americano.

El grano se ha abierto esta vez produciendo un árbol hermoso: la *Sociedad Teosófica* que contiene en sus filas lo escogido de las naciones civilizadas y que espiritualiza vigorosamente las razas egoístas y materiales del Oeste.

Este último enviado, H. P. Blavatsky, ha sido casi tan prodigioso como Saint-Germain; sus producciones son tan mágicas como numerosas é incontestables; centenas de sus discípulos directos viven todavía, atestiguando enérgicamente sus poderes increíbles, sus facultades sin igual, su amor ardiente por la humanidad, sus sacrificios incesantes por la fundación de un núcleo de fraternidad universal.

H. P. Blavatzky ha sido el Saint-Germain del siglo XIX; la misma Fraternidad la ha enviado, los mismos prodigios han acompañado sus trabajos, y un libro, el más sorprendente que sea accesible á los hombres,—la *Doctrina Secreta*, ha quedado como una prueba material é indestructible de su sublime misión.

JEAN LÉCLAIREUR.

LA INICIACIÓN Y SUS PRUEBAS

EN LOS TEMPLOS DEL ANTIGUO EGIPTO

En tiempos de Ramsés, la civilización egipcia resplandecía en el apogeo de la gloria. Los faraones de la XX dinastía, discípulos y porta-estandartes de los santuarios, sostenían como verdaderos héroes la lucha contra Babilonia. Los arqueros egipcios hostigaban á los Libios, los Bodhones, los Númidas hasta en el centro del Africa, y una flota de cuatrocientas velas perseguía á la liga de los cismáticos hasta las bocas del Indo. Para resistir mejor al choque de la Asiria y de sus aliados, los Ramsés habían trazado caminos estratégicos hasta frente el Líbano y construído una cadena de fuertes

entre Mageddo y Karkémish. Interminables caravanas aflúan por el desierto, de Radasieh á Elefantina, prosiguiéndose los trabajos de arquitectura sin descanso, en los que se ocupaban obreros de los tres continentes. La sala hipostilo de Karnak, en la que cada pilar alcanzaba la altura de la columna Vendôme, era reparada; el templo de Abidos se enriquecía con maravillas esculturales y el valle de los reyes con grandiosos monumentos. Se edificaba en Babasta, en Luksor, en Speos Ibsambul; en Tebas una portada triunfal recordaba la toma de Kadesk, y en Memfis el Ramésseum se alzaba rodeado de un bosque de obeliscos, de estatuas y de monolitos gigantescos.

En medio de esta febril actividad, de esta vida deslumbradora, más de un extranjero aspirante á los Misterios, llegado de las lejanas playas del Asia Menor ó de las montañas de la Trácia, abordaba el Egipto atraído por la reputación de sus templos, y, una vez en Memfis, quedaba pasmado de admiración! Monumentos, espectáculos, fiestas públicas, todo lo que allí veía le daba la impresión de la opulencia, de la grandeza. Después de la ceremonia de la consagración real, que se hacía en el secreto del santuario, veía al faraón salir del templo delante de la multitud, subir sobre su inmenso escudo llevado por doce oficiales flabelíferos de su estado mayor, mientras ante él, doce jóvenes levitas tenían sobre cogines bordados de oro las insignias reales: el cetro de los árbitros con cabeza de carnero, la espada, el arco y la masa de armas. Detrás de él, seguían la casa real y los colegios sacerdotales presidiendo á los iniciados en los grandes y en los pequeños misterios. Los pontífices llevaban la tiara blanca y su pectoral resplandecía con el brillo de las piedras simbólicas. Los dignatarios de la corona ostentaban las decoraciones del Cordero, del Carnero, del León, del Lirio, de la Abeja, suspendidas con pesadas cadenas admirablemente trabajadas, cerrando la marcha las corporaciones con sus emblemas y banderas desplegadas. A la noche, barcas magníficamente empavesadas, paseaban sobre la superficie de los lagos artificiales á las orquestas reales en medio de las cuales se perfilaban en posiciones hieráticas las bailarinas y los tocadores de theorbo.

Sin embargo, esta deslumbradora pompa no era lo que aquél buscaba. El deseo de penetrar el secreto de las cosas, la sed de saber, hé ahí lo que lo atraía desde tan lejos, pues se le había dicho que en los santuarios de Egipto vivían los magos, los hierofantes que estaban en posesión de la ciencia divina, y él también quería penetrar en el secreto de los dioses. Había oído hablar por un sacerdote de su país del *libro de los muertos*, de su rollo misterioso que se depositaba bajo la cabeza de las mómias como un viático y que des-

cribía, bajo forma simbólica, el viaje de ultra-tumba del alma según los sacerdotes de Ammon-Rá. Había seguido con una ávida curiosidad y cierto estremecimiento interior mezclado de duda ese largo viaje después de la vida, su expiación en una región ardiente, la purificación de su envoltura sideral, su encuentro con el mal piloto sentado en una barca con la cabeza vuelta hácia atrás y con el buen piloto que mira al frente, su comparecencia ante los cuarenta y dos jueces terrestres, su justificación por Toth, y, en fin, su entrada y su transfiguración en la luz de Osiris. Podemos juzgar del poder de ese libro y de la revolución total que la iniciación egipcia operaba algunas veces en los espíritus, por este pasaje: «Este capítulo fué encontrado en Heliópolis, en escritura azul impresa sobre una grada de alabastro, á los piés del dios Toth (Hermes) en tiempos del rey Menjara, por el príncipe Hastatef cuando viajaba para inspeccionar los templos, quien se llevó la piedra al templo real. ¡Oh gran secreto! Cuando leyó este capítulo santo y puro, no vió más, no oyó más, no se aproximó más á ninguna mujer y no comió más carne ni pescado». (1) Pero, ¿qué había de verdad en estas narraciones perturbadoras, en estas imágenes hieráticas detrás de las cuales cosquillaba el terrible misterio de ultra-tumba? —¡Isis y Osiris lo saben, se le decía. ¿Mas quiénes eran esos dioses de los que no se hablaba sino con un dedo sobre la boca? Es para saberlo que el extranjero golpeaba á la puerta del gran templo en Tebas ó Mémfis.

Los servidores le conducían entonces bajo el pórtico de un patio interior cuyos enormes pilares parecían lotos gigantes sosteniendo con su fuerza y con su pureza el Arca solar, el templo de Osiris. El hierofante se aproximaba al recién llegado; la magestad de sus rasgos, la tranquilidad de su semblante y el misterio de sus negros ojos, impenetrables pero llenos de luz interior, eran ya causas de inquietud para el postulante. Esa mirada escarvaba como un punzón, y el extranjero se sentía en frente de un hombre al cual le sería imposible ocultarle nada. El sacerdote de Osiris interrogaba al aspirante sobre su ciudad natal, su familia y sobre el templo que lo había instruido, y si en este corto pero penetrante exámen era juzgado indigno de los misterios, un gesto silencioso, pero irrevocable, le mostraba la puerta. En caso contrario, si el hierofante encontraba en aquél el deseo sincero de la verdad, le rogaba seguirlo, y atravesando pórticos, patios interiores, y después por una avenida tallada en la roca á cielo abierto y adornada á los costados por obeliscos y esfinges, llegaban á un pequeño templo que servía de entrada á las

(1) Libro de los muertos, capítulo LXIV.

criptas subterráneas, cuya puerta estaba disfrazada por una estatua de Isis de tamaño natural. La diosa sentada, en una actitud de meditación y de recogimiento, tenía un libro cerrado sobre sus rodillas; su cara estaba cubierta. Debajo de aquella se leía:

Mortal alguno ha levantado mi velo.

Aquí está la puerta del santuario oculto, decía el hierofante. Mira esas dos columnas. El rojo representa la ascensión del espíritu hacia la luz de Osiris; el negro significa su cautividad en la materia, y esta caída puede ir hasta la aniquilación. Cualquiera que sea que aborde nuestra ciencia y nuestra doctrina, juega su vida. La locura ó la muerte, ved lo que encuentra allí el débil ó el malo; los fuertes y los buenos únicamente encuentran la vida y la inmortalidad. Muchos imprudentes han entrado por esa puerta y no han vuelto á salir vivos. Es este un abismo que no devuelve al día sino á los intrépidos. Reflexiona bien, pues, lo que vas á hacer, los peligros que vas á correr, y si tu valor no es á toda prueba, renuncia á la empresa. Una vez que esta puerta se haya cerrado detrás de tí, no podrás ya retroceder.

Si el extranjero persistía en su voluntad, el hierofante le volvía á conducir al patio exterior y lo recomendaba á los servidores del templo, con los cuales debía pasar una semana, obligado á hacer los trabajos más humildes, escuchando los himnos y haciendo las abluciones. El más absoluto silencio le estaba ordenado.

Llegada la noche de las pruebas, dos neócoros ó asistentes conducían de nuevo al aspirante á los misterios á la puerta del santuario oculto por donde se entraba á un vestíbulo negro, sin salida aparente. De ambos lados de esta lúgubre sala, al resplandor de las antorchas, el extranjero veía una fila de estatuas con cuerpos de hombre y cabezas de animales, de leones, de toros, de pájaros de presa y de serpientes, que parecían contemplar su paso con aire malicioso. Al extremo de tan siniestra avenida, que se atravesaba sin hablar palabra, se veía una mómia y un esqueleto humano, de pié, haciéndose vis-a-vis. Con un gesto mudo, los dos neócoros mostraban al novicio un agujero en la pared, en frente de él; era la entrada de un corredor tan bajo que no se podía penetrar en él sino arrastrándose.

Puedes todavía volver sobre tus pasos, decía uno de los asistentes; la puerta del santuario no se ha cerrado aún. En caso contrario, debes continuar tu camino por allí sin poder volver. Permanezco, contestaba el novicio, reuniendo todo su valor.

Se le entregaba entonces una pequeña lámpara encendida; los neócoros se volvían y cerraban con estrépito la puerta del santuario. Ya no se podía hesitar y era preciso entrar en el corredor. Apenas había penetrado en él, caminando sobre sus rodillas, con su lámpara

en la mano, oía una voz que le decía desde el fondo del subterráneo: «Aquí perecen los locos que han codiciado la ciencia y el poder» y gracias á un maravilloso efecto de acústica estas palabras eran repetidas siete veces por écos distanciados. Era necesario avanzar, sin embargo; el corredor se alargaba y descendía en pendiente cada vez más rápida. Por fin, el aventurado viajero se encontraba en frente de un embudo que daba á un agujero detrás del cual se perdía una escala de fierro, por la cual el aspirante temía arriesgarse. En el último peldaño de la escala, su mirada despavorida se sumergía en un pozo aterrador que se perdía bajo sus piés, mientras su pobre lámpara de nafta que apretaba convulsivamente en su mano temblorosa proyectaba apenas su vago resplandor en las tinieblas sin fondo. ¿Qué hacer? Hacia arriba la vuelta era imposible; debajo, la caída en la obscuridad, la horrorosa noche. En medio de semejante ansiedad, percibía entonces una hendidura á su derecha. Colgado por una mano de la escala, estendiendo la lámpara con la otra, veía por fin algunas gradas. ¡Una escalera! era la salvación. Se arrojaba allí; subía por ella y escapaba al precipicio! La escalera, penetrando en la roca como una barrena, subía en espiral. Por último, el aspirante se encontraba ante una reja de bronce que daba á una ancha galería sostenida por grandes cariátides. En los intervalos, sobre la pared, se veía dos filas de frescos simbólicos, de los que había once en cada costado, dulcemente iluminados por lámparas de cristal que llevaban en sus manos las bellas cariátides.

Un mago llamado *pastóforo* (guardián de los símbolos sagrados) abría la reja al novicio y le acogía con una benévola sonrisa; le felicitaba por haber atravesado felizmente la primera prueba, y después, conduciéndolo á través de la galería, le explicaba el sentido de las pinturas sagradas, debajo de cada una de las cuales había una letra y un número. Los veintidós signos representaban los veintidós primeros arcanos y constituían el alfabeto de la ciencia oculta: es decir los principios absolutos, las claves universales que, aplicadas por la voluntad, vienen á ser la fuente de toda sabiduría y de todo poder. Esos principios se fijaban en la memoria por su correspondencia con las letras de la lengua sagrada y con los números que se ligan á ellas, expresando cada letra y cada número, en dicha lengua, una ley ternaria, que tiene su repercusión en el *mundo divino*, en el *mundo intelectual* y en el *mundo físico*. De la misma manera que el dedo que toca una cuerda de la lira hace resonar una nota de la gama y vibrar todas sus armónicas, el espíritu que contempla todas las virtualidades de un número y la voz que profiere una letra con la conciencia de su alcance, evocan una potencia que se repercute en los tres mundos.

Es así que la letra A, que corresponde al número 1, expresa en el mundo divino: El Sér absoluto de donde emanan todos los seres; en el intelectual: la unidad, fuente y síntesis de los números; en el físico: el hombre, cumbre de los seres relativos, que, por la expansión de sus facultades, se eleva en las esferas concéntricas de lo infinito. El arcano 1 era figurado entre los egipcios, por un mago con traje blanco, cetro en la mano y la frente ceñida por una corona de oro. El traje blanco significaba la pureza, el cetro el mando, la corona de oro la luz universal.

El novicio estaba lejos de comprender todo lo que escuchaba de extraño y de nuevo, pero perspectivas desconocidas se entreabrían ante él con la palabra del pastóforo, en presencia de esas bellas pinturas que le miraban con la impasible gravedad de los dioses. Detrás de cada una de ellas, entreveía, como en relámpagos, serie de pensamientos y de imágenes súbitamente evocados, y suponía por primera vez *el interior* del mundo por la cadena misteriosa de las causas. Así, de letra en letra, de número en número, el maestro explicaba al discípulo el sentido de los arcanos, y le conducía por *Isis Urania* al *carro de Osiris*, por la *torre abatida por el rayo* á la *estrella flamígera*, y, en fin, á la *corona de los magos*. «Y aprende bien, decía el pastóforo, lo que quiere decir esta corona: toda voluntad que se une á Dios para manifestar la verdad y realizar la justicia, entra desde esta vida en participación con el poder divino sobre los seres y sobre las cosas, recompensa eterna de los espíritus que se han hecho libres». Escuchando al maestro, el neófito experimentaba una mezcla de sorpresa, de temor y de arrobamiento. Eran las primeras luces del santuario, y la verdad entrevista le parecía la aurora de un divino y olvidado recuerdo.

Pero las pruebas no habían terminado. Al concluir de hablar el pastóforo abría una puerta que daba acceso á una nueva bóveda estrecha y larga, en cuya extremidad chisporroteaba una hornalla ardiente.—«¡Mas, esto es la muerte!», decía el aspirante, y miraba á su guía estremeciéndose.—«Hijo mío, respondía éste, la muerte no espanta sino á las naturalezas abortadas. En otra ocasión he atravesado esta llama como si fuera un campo de rosas.» Y la reja de la galería de los arcanos, se cerraba detrás del postulante. Al aproximarse á la barrera de fuego, se apercibía recién que la hornalla se reducía á una ilusión de óptica creada por maderas resinosas dispuestas en quince sobre parrillas, permitiéndole un sendero trazado en el medio pasar rápidamente hácia el otro extremo. A *la prueba del fuego* sucedía *la del agua*, estando obligado el aspirante á atravesar una agua muerta y negra, al resplandor de un incendio de nafta que se producía detrás de él en la cámara del fuego. Des-

pués de esto, dos asistentes le conducían, todo agitado todavía por la emoción, á una oscura gruta donde no se veía más que un lecho blando, misteriosamente alumbrado por la velada luz de una lámpara de bronce suspendida de la bóveda. Allí se le secaba, se bañaba su cuerpo con esencias exquisitas, se le vestía de fino lino y se le dejaba solo después de decirsele: «Descansa y espera al hierofante.»

El novicio estendía sus miembros fatigados sobre el tapíz suntuoso de su lecho, y después de sus diversas emociones, este momento de calma le parecía dulce y delicioso. Las pinturas sagradas que había visto, todas esas figuras extrañas, las esfinges, las cariátides, desfilaban delante de su imaginación. ¿Por qué una de ellas se presentaba ante sus ojos con los caracteres de una alucinación? Veía obstinadamente el arcano X representado por una rueda suspendida sobre su eje entre dos columnas. De un lado Hermanubis, el genio del bien, bello como un joven efeso, sube; mientras que del otro, Tifón, el genio del mal, se precipita, con la cabeza hácia abajo, en el abismo. Entre ambos, sobre la parte superior de la rueda, está sentada una esfinge teniendo una espada entre su garra.

El vago murmullo de una música lasciva que parecía partir del fondo de la gruta hacía luego desvanecer esta imagen; eran sonidos ligeros é indefinibles, de una languidez triste é incisiva. Un sonido metálico, mezclado con las suaves y ligeras notas de una arpa, con voces melodiosas de flauta y suspiros anhelantes como ardientes alientos acababan de regalar su oído, y envuelto por esa cálida atmósfera, como si de él se apoderara un sueño de fuego, concluía por cerrar los ojos. Al voíver á abrirlos, veía á algunos pasos de su lecho, una aparición encantadora llena de vida y de infernal seducción. Una mujer de Nubia, vestida con una gasa de púrpura transparente, con un collar de amuletos en el cuello, semejante á las sacerdotisas de los misterios de Milita, estaba allí, de pié, cubriéndole con su mirada y teniendo en su mano una copa coronada de rosas. Tenía ese tipo nubio, cuya sensualidad intensa y capitosa concentra todos los poderes del animal femenino: pómulos salientes, narices dilatadas, labios espesos como una fruta roja y sabrosa. Sus ojos negros brillaban en la penumbra. El novicio se había puesto de un salto sobre sus piés, y sorprendido, sin saber si debía temblar ó alegrarse, cruzaba instintivamente sus manos sobre el pecho; pero la esclava avanzaba á pasos lentos y, bajando los ojos, le murmuraba en voz baja: «¿Tienes miedo de mí, hermoso extranjero?; yo te traigo la recompensa debida á los vencedores, el olvido de las penas, la copa de la felicidad...» El novicio hesitaba, y entonces, como invadida por la lasitud, la Nubia se sentaba sobre el lecho y envolvía al extranjero con una mirada suplicante, como en una larga

y húmeda llama. Desgraciado de él si osaba provocarla, si se inclinaba sobre esa boca, si se embriagaba con los fuertes perfumes que subían de esas espaldas bronceadas, pues una vez que hubiese tocado aquella mano y humedecido sus labios en la copa, estaba perdido... rodaba sobre el lecho enlazado en un abrazo de fuego, pero, después de la satisfacción salvaje del desecho, el líquido que había bebido le sumergía en un pesado sueño. A su despertar se encontraba solo, angustiado. La lámpara arrojaba una luz fúnebra sobre su lecho en desórden; un hombre estaba de pié delante de él; era el hierofante que le decía:

«Has sido vencedor en las primeras pruebas. Has triunfado de la muerte, del fuego y del agua, pero no has sabido vencerte á tí mismo. Tú que aspiras á las alturas del espíritu y del conocimiento, has sucumbido á la primer tentación de los sentidos y has caído en el abismo de la materia. Quien vive esclavo de los sentidos, vive en las tinieblas. Has preferido éstas á la luz; permanece, pues, en ellas. Te advertí de los peligros á los cuales te exponías; has salvado tu vida, pero has perdido tu libertad. Quedarás, bajo pena de muerte, esclavo del templo.»

Si por el contrario, el aspirante rehusaba la copa y rechazaba á la tentadora, doce neócoros armados de antorchas iban á rodearlo para conducirlo triunfalmente al santuario de Isis, donde los magos colocados en hemicírculo y vestidos de blanco lo esperaban en asamblea plena. En el fondo del templo espléndidamente iluminado, apercibía la estatua colosal de Isis en metal fundido, con una rosa de oro en el pecho y coronada con una diadema de siete rayos. Tenía á su hijo Horus en los brazos. Delante de la diosa el hierofante vestido de púrpura recibía al nuevo llegado y le hacía prestar, bajo las imprecaciones más terribles, el juramento de silencio y de sumisión. Ante esos maestros augustos, el discípulo de Isis se creía en presencia de los dioses y engrandecido á sus propios ojos, entraba por la primera vez en la esfera de la verdad.

Y sin embargo, sólo había sido admitido en el umbral. De allí en adelante comenzaban los largos años de estudio y de aprendizaje, porque antes de elevarse hasta la Isis Urania, debía conocer á la Isis terrestre, instruyéndose en las ciencias físicas y androgónicas. Su tiempo se dividía entre las meditaciones en la celda, el estudio de los geroglíficos en las salas y patios del templo, tan vasto como una ciudad, y las lecciones de los maestros. Estudiaba la ciencia de los minerales y de las plantas, la historia del hombre y de los pueblos, la medicina, la arquitectura y la música sagrada, y en tan larga tarea no debía sólo *conocer* sino *llegar á ser!*, ganar la fuerza por la renunciación. Los sabios antiguos creían que el hom-

guntar á uno de los magos: —¿Me será un día permitido aspirar la rosa de Isis y ver la luz de Osiris?—«Eso no depende de nosotros, se le contestaba. La verdad no se dá; se la encuentra en uno mismo ó no se la encuentra. Nosotros no podemos hacer de tí un adepto, es necesario que llegues á serlo por tí mismo. El loto retoña y crece debajo del agua antes de desplegarse y abrir sus flores. No apresures la eclosión de la flor divina; si ella debe venir, llegará en su día. Trabaja y ora».

Y el discípulo volvía á sus estudios, á sus meditaciones, con una triste alegría. Gustaba del encanto austero y suave de esa soledad donde pasaba como un soplo del sér de los séres, y así corrían los meses y los años, sintiendo operarse en sí mismo una lenta transformación, una completa metamórfosis. Las pasiones que asaltaron su juventud se alejaban como sombras, mientras que los pensamientos que al presente le rodeaban le sonreían como inmortales amigos. Lo que por momentos solía experimentar, era la absorción de su yo terrestre y el nacimiento de otro yo más puro y más etéreo, sentimiento durante el cual le ocurría prosternarse ante las gradas del cerrado santuario. Entonces ya no existía en él ni rebelión, ni sombríos pesares, ni deseo alguno, sino un abandono perfecto de su alma á los Dioses, una oblación completa de sí á la verdad: —«¡Oh Isis, decía en su oración, desde que mi alma no es más que una lágrima de tus ojos, que ella caiga como rocío sobre otras almas y que al morir sienta su perfume subir hasta tí. Vedme dispuesto al sacrificio.»

Después de una de estas mudas oraciones, el discípulo en semi-éxtasis, llegaba á ver, de pié, cerca de él, como si fuera una visión surgida del suelo, al hierofante envuelto con los brillantes resplandores del poniente; el que parecía leer todos los pensamientos de aquél y penetrar el drama entero de su vida interna.

—Hijo mío, le decía entonces, se aproxima la hora en que la verdad te será revelada, pues tú ya la has presentido descendiendo al fondo de tí mismo y encontrando allí la vía divina. Vas á entrar en la grande, en la inefable comunión de los iniciados, de lo que eres digno por la pureza del corazón, por el amor de la verdad y la fuerza de la renunciación. Pero nadie franquea la puerta de Osiris, sin pasar por la muerte y la resurrección. Vamos á acompañarte á la cripta. Permanece sin temor, pues eres ya uno de nuestros hermanos.

A la hora del crepúsculo, los sacerdotes de Osiris acompañaban con antorchas encendidas al nuevo adepto á una cripta subterránea sostenida por cuatro pilares colocados sobre esfinges, en uno de los

extremos de la cual se encontraba abierto un sarcófago de mármol. (1)

Ningún hombre, decía el hierofante, escapá á la muerte y toda alma viviente está destinada á la resurrección. El adepto pasa vivo por la tumba, para entrar desde esta vida en la luz de Osiris. Acués-tate, pues, en ese féretro y espera la luz. Esta noche franquearás la puerta del Espanto y alcanzarás el umbral de los Maestros.

Enseguida el adepto se acostaba en el sarcófago abierto, el hierofante estendía sobre él la mano para bendecirlo y el cortejo de los iniciados se alejaba en silencio de la tumba. Una pequeña lámpara depositada en tierra alumbraba con su luz dudosa las cuatro esfinges que soportaban las columnas, gruesas y bajas, de la cripta, y un coro de voces profundas se dejaba oír, velado y lento. ¿De dónde llegaba? Era el canto de los funerales!... Expiraba al arrojar la lámpara su último resplandor y el adepto, solo en las tinieblas sentía el frío del sepulcro caer sobre él y helar todos sus miembros. Después de pasar por todas las sensaciones dolorosas de la muerte, permanecía en letargia, y, entonces, su vida desfilaba ante él, en cuadros sucesivos, como en alguna cosa de irreal, haciéndose su conciencia terrestre de más en más vaga y difusa. Sin embargo, á medida que sentía su cuerpo disolverse, la parte etérea, fluída, de su sér, se desprendía y entraba aquél en éxtasis...

¿Qué es ese punto brillante y lejano que aparece, imperceptible sobre el negro fondo de las tinieblas? Se acerca, se agranda hasta convertirse en una estrella de cinco puntas cuyos rayos, lanzando en las tinieblas descargas de luz magnética, tienen todos los colores del arco iris. Llega, por fin, á ser un sol que le atrae con la blancura de su centro incandescente. ¿Será la mágia de los maestros quién produce esa visión? ¿Será lo invisible que se hace visible? ¿Será el presagio de la verdad celeste, la estrella flamígera de la esperanza y de la inmortalidad? Mas, luego desaparece y en su lugar ha abierto en la noche un botón de flor, una flor inmaterial, pero sensible y dotada de alma; algo como una rosa blanca, que despliega sus pétalos, y cuyas hojas vivas ve estremecerse é irse enrojeciendo el cáliz inflamado—¿Será la flor de Isis, la Rosa mística de la sabiduría que encierra el Amor en el corazón? Pero, pronto se evapora como una

(1) Los arqueólogos han visto durante largo tiempo en el sarcófago de la gran pirámide de Giseh la tumba del rey Mesostris, repitiendo así el dicho de Heródoto que no fué iniciado y al cual los sacerdotes egipcios no confiaron nunca más que amuletos y cuentos populares. Pero los reyes de Egipto tenían sus sepulturas en otra parte. La estructura interior y extraña de la pirámide prueba que ella debía servir para las ceremonias de la iniciación y para las prácticas secretas de los sacerdotes de Osiris. Se encuentra allí el *Pozo de la Verdad* que hemos descrito, la escalera por donde se sube, la sala de los arcanos... La cámara denominada *del rey*, que encierra el sarcófago, era aquella donde se conducía al adepto la víspera de su gran iniciación. Estas mismas disposiciones estaban reproducidas en los grandes templos del medio y del alto Egipto.

extremos de la cual se encontraba abierto un sarcófago de mármol. (1)

Ningún hombre, decía el hierofante, escapa á la muerte y toda alma viviente está destinada á la resurrección. El adepto pasa vivo por la tumba, para entrar desde esta vida en la luz de Osiris. Acuéstate, pues, en ese féretro y espera la luz. Esta noche franquearás la puerta del Espanto y alcanzarás el umbral de los Maestros.

Enseguida el adepto se acostaba en el sarcófago abierto, el hierofante estendía sobre él la mano para bendecirlo y el cortejo de los iniciados se alejaba en silencio de la tumba. Una pequeña lámpara depositada en tierra alumbraba con su luz dudosa las cuatro esfinges que soportaban las columnas, gruesas y bajas, de la cripta, y un coro de voces profundas se dejaba oír, velado y lento. ¿De dónde llegaba? Era el canto de los funerales!... Expiraba al arrojar la lámpara su último resplandor y el adepto, solo en las tinieblas sentía el frío del sepulcro caer sobre él y helar todos sus miembros. Después de pasar por todas las sensaciones dolorosas de la muerte, permanecía en letargía, y, entonces, su vida desfilaba ante él, en cuadros sucesivos, como en alguna cosa de irreal, haciéndose su conciencia terrestre de más en más vaga y difusa. Sin embargo, á medida que sentía su cuerpo disolverse, la parte etérea, fluida, de su sér, se desprendía y entraba aquél en éxtasis...

¿Qué es ese punto brillante y lejano que aparece, imperceptible sobre el negro fondo de las tinieblas? Se acerca, se agranda hasta convertirse en una estrella de cinco puntas cuyos rayos, lanzando en las tinieblas descargas de luz magnética, tienen todos los colores del arco iris. Llega, por fin, á ser un sol que le atrae con la blancura de su centro incandescente. ¿Será la magia de los maestros quién produce esa visión? ¿Será lo invisible que se hace visible? ¿Será el presagio de la verdad celeste, la estrella flamígera de la esperanza y de la inmortalidad? Mas, luego desaparece y en su lugar ha abierto en la noche un botón de flor, una flor inmaterial, pero sensible y dotada de alma; algo como una rosa blanca, que despliega sus pétalos, y cuyas hojas vivas ve estremecerse é irse enrojeciendo el cáliz inflamado—¿Será la flor de Isis, la Rosa mística de la sabiduría que encierra el Amor en el corazón? Pero, pronto se evapora como una

(1) Los arqueólogos han visto durante largo tiempo en el sarcófago de la gran pirámide de Giseh la tumba del rey Mesostris, repitiendo así el dicho de Heródoto que no fué iniciado y al cual los sacerdotes egipcios no confiaron nunca más que amuletos y cuentos populares. Pero los reyes de Egipto tenían sus sepulturas en otra parte. La estructura interior y extraña de la pirámide prueba que ella debía servir para las ceremonias de la iniciación y para las prácticas secretas de los sacerdotes de Osiris. Se encuentra allí el *Pozo de la Verdad* que hemos descrito, la escalera por donde se sube la sala de los arcanos... La cámara denominada *del rey*, que encierra el sarcófago, era aquella donde se conducía al adepto la víspera de su gran iniciación. Estas mismas disposiciones estaban reproducidas en los grandes templos del medio y del alto Egipto.

nube de perfumes, sintiéndose el extático inundado de un soplo cálido y amoroso. Después de haber tomado caprichosas formas, la nube se condensa y se transforma en una figura humana, la de una mujer, la Isis del santuario oculto, pero más joven, sonriente y luminosa. Un velo transparente la envuelve en espiral al través del cual su cuerpo brilla; en la mano tiene un rollo de papiros. Aproximándose dulcemente al iniciado acostado sobre su tumba se inclina sobre él y le dice: «Soy tu hermana invisible, soy tu alma divina y este es el libro de tu vida que encierra las páginas llenas de tus existencias pasadas y las páginas blancas de tus vidas futuras. Un día las descorreré todas ante tu vista. Ahora me conoces; llámame, y vendré.» Y mientras habla, un rayo de ternura ha brotado de sus ojos... ¡oh presencia de un doble angélico, promesa inefable de lo divino, fusión maravillosa en lo impalpable del más allá!...

Pero, todo concluía por disolverse, la visión se borraba. Un horroroso desgarramiento y el adepto se sentía precipitado en su cuerpo como un cadáver. Vuelto al estado de letargía consciente, experimentaba la sensación de que círculos de fierro retenían sus miembros, que un peso terrible apretaba su cerebro y al despertar... de pie, delante de él, encontraba al hierofante acompañado de los magos, quienes le rodeaban, le hacían beber un cordial y lo sacaban del sepulcro.

«Veos resucitado, exclamaba el profeta, ven á celebrar con nosotros el agape de los iniciadores y cuéntanos tu viaje en la luz de Osiris, pues eres en adelante uno de los nuestros.»

Era, después, sobre el observatorio del templo, en medio de ese tibio esplendor de las noches egipcias, que el hierofante daba recién al adepto, la gran revelación, narrándole la *visión de Hermés* que no ha sido escrita sobre ningún papiro sino marcada en signos simbólicos sobre los obeliscos de la cripta secreta conocida sólo del profeta, visión cuya explicación se trasmitía oralmente de pontífice á pontífice.

EDUARDO SCHURÉ.

LA IGNORANCIA Y LA CIENCIA

El Dios de *humana concepción*,—como todos sus rivales de las diversas edades y países,—que consagraba á los reyes como reyes de *derecho divino* por intermedio de la palabra de su sacerdote, era con frecuencia cruelmente desmentido por la Naturaleza que no admite la herencia comprendida así. Un rey loco, como Cárlos VI, un rey podrido como Luis XV, hé ahí los hijos reales que el papa debía bendecir; á menos que, suponiendo un error divino no tuviese que destronarlos como sucedía en la Edad-Media. Hoy la nobleza ha dejado de ser hereditaria, ya se trate de las cualidades del cuerpo, del corazón ó del espíritu.

El hombre es el hijo de sus obras á través de sus existencias; no es la resultante de sus padres momentáneos, á quienes no debe sino su cuerpo material, los primeros cuidados tutelares necesarios á su delicada infancia y la tocante protección del amor familiar durante el curso de la vida. A este título, les debe pleno reconocimiento.

¿La Naturaleza, obra de Dios, contradeciría, pues, á este último, cuando destruye las familias que él ha privilegiado? La respuesta sugerida por el ejemplo particular que hemos presentado antes, es bien sencilla.

La Naturaleza no podría, en sus aspectos objetivos (para nuestros sentidos actuales), obedecer á leyes distintas de aquellas que la rigen en las profundidades de lo subjetivo (astral ó espiritual).

Los aspectos naturales y espirituales del *Ser manifestado* deben estar sometidos á una sola *Ley*, que es la Justicia rígida ó CAUSALIDAD.

El cerebro moderno, machacado por nuestras ciencias exactas en su aplicación al exámen de las leyes físicas, puede muy bien aceptar la anterior conclusión largo tiempo perdida y que los Orientales nos enseñan de nuevo; pues el tiempo ha llegado en que la multitud puede sufrir una iniciación más elevada que las dadas hasta aquí por las *Iglesias exteriores* que se abisman en la letra muerta y en el ceremonial.

La Ciencia moderna que ciertamente ha hecho una obra útil, hesita, por desgracia, en la marcha hácia adelante; no estudia sino el mundo revelado por los sentidos, aun cuando supone fuerzas más sutiles todavía. ¡Paciencia! Su prudencia es una garantía contra las desgraciadas caídas pasadas y el renovamiento de las monstruosi-

dades de la fé ciega. *Nuevos hechos* la solicitan, las multitudes esperan y, *nosotros no retrocederemos*.

Que el hombre sea un ignorante únicamente sensualista,—neantista; un ignorante sentimental,—fé ciega; ó un ignorante intelectual,—ciencia moderna, es siempre y sobre todo presuntuoso.

No dudá de su persona ni de su infalibilidad. Para él el error es todo lo que no contiene su estrecho horizonte.

Sin embargo, cosa curiosa, el instinto no le engaña completamente, pues hay en este instinto una percepción de lo *Absoluto* al cual se liga nuestro Ser real, que es su única dependencia (todo está en todo, y las cosas superiores se reflejan en las inferiores).

Al esclavo de las percepciones sensuales, á ese *resonador* incompleto que no responde más que á las vibraciones groseras, nada hay que oponer, pues no entendería la Palabra, ni podría contemplar el Ideal. Es necesario que las tempestades choquen largo tiempo sobre esa *pedra*, que los agentes de las atmósferas terrestres y astrales la sacudan, la desagreguen y la disuelvan antes que ella sea cultivable.

Ese hombre debe sufrir en su carne; es el rol sagrado, el rol redentor del *santo dolor*.

Es preciso amarle, sin embargo, pues él encierra la preciosa chispa de igual modo que los dioses mismos, que los divinos iluminados, nuestros hermanos mayores.

A aquél que no cree más que en los objetos de su sentimiento, se le puede responder que: «Decir yo creo (ó no creo) nada cambia de *Eso* que es.» Es el cándido que simplemente piensa resolver así el gran problema, aun cuando Jesús mismo le dijo: Esfuérzate sin cesar.

El ignorante intelectual se relaciona al ignorante materialista, pero ocupa en verdad un sitio más elevado: *piensa*. Hasta el positivista, generalmente humanitario, tiene derecho á todo nuestro respeto; su error no ha consistido sino en poner límites á lo concebible. Pero, que el *Deseo* del *Saber total* lo arrastre, y sus ojos se abrirán, penetrando tanto más adelante cuanto más ardiente esté de *Amor* por *el Sér*: amor de la contemplación ó *Saber*, amor del Amor ó Unificación, UNION.

En resúmen, así como el ignorante es orgulloso, el discípulo de la Vidya ó pura Ciencia espiritual será un *Simple* desde que el primer resplandor de aquella llegue á acariciar su retina interna.

El *Silencio* será en adelante el nuevo *Deber* que invenciblemente tiene impuesto. El ignorante, defendiendo su egoidéz, ama su ignorancia y desgraciado el que tiene *iluminarlo antes de la hora*: sar-

ermos, injurias, desprecio, hostilidad agresiva será la cosecha que recoja.

El *discípulo* no se asombra de ello; sabe, obra y calla. Se reviste de *dulzura*, y los más miserables de los hombres son los objetos de su más tierna solicitud, pues *sabe* también que esos miserables son su propia miseria, que este mundo externo es el cuadro fiel de su caos interno, y que todo será *Pureza y Esplendor* cuando él haya revestido el traje blanco, triturando su corazón, vertiendo su sangre y sacrificando su yo á la Humanidad, á lo Universal, á la Unidad, al Sér. . .

AMO.

UN CASO EXTRAÑO

Una correspondencia de Petersburg V^a, Estados Unidos, nos refiere el caso de una señorita llamada María Burch, de aquella ciudad, que ha asustado á su familia y á sus médicos, por un sueño ininterrumpido durante varios días y cuyo fenómeno es el tema de conversación de los hombres científicos de toda la región.

La señorita Burch es una joven hermosa, refinada, bien educada y muy afecta á leer. Ultimo miembro de una familia de cinco hombres y tres mujeres, todos los cuales han muerto de *consunción*, esta mujer parecía, hace siete meses, que iba á seguir á sus hermanos á la tumba. Pero ahora, por una virtual mágica que ningún médico ha podido comprender, es probable que escape de la muerte por este sueño salvador.

Nada notable había, al principio, en la condición física de la jóven, pero un día, sin narcóticos ó sugerencias hipnóticas de clase alguna, la señorita Burch se durmió tranquilamente. Dormía con tanta quietud, como en una siesta calurosa de verano. Su aspecto no sugería, en manera alguna, la idea de una situación anormal. Su posición era natural, su respiración regular, su expresión tranquila.

El hecho ocurrió un lunes en la mañana; la durmiente no despertó sino en la siesta del sábado siguiente.

Al principio no se alarmaron sus padres; pero cuando al final del segundo día no podía despertársele, se preocuparon grandemente é hicieron ir al médico.

El facultativo aseguró que aquel sueño era natural, y aun dió á entender que podría ser benéfico. «La señorita Mamie,—dijo,—se ha cansado probablemente, no es de una constitución robusta, y necesita descanso; de esta manera, la naturaleza misma se ha encargado de recuperarle las fuerzas perdidas.»

Esta teoría se comprobó claramente, cuando al final del sexto día se despertó la paciente, pareciendo que aquel letargo le había hecho gran bien. Estaba más fuerte y entonada que cuando se había dormido, aunque no había probado alimento durante todo aquel período de tiempo.

La misma señorita creía no haber dormido sino durante un corto tiempo y cuando se le dijo que había permanecido en aquel estado, durante una semana entera, se rehusó á creer semejante cosa.

Después de este incidente, empezó á recobrase hasta que finalmente pareció llegar á toda la posesión de su salud.

Dos meses pasaron sin cambio material. La jóven en cuestión se encontraba bastante bien para poder dejar su cuarto y dormir en la noche, como de costumbre. Ni sus padres ni el médico soñaban en que volvería á caer en otro largo período de letargo. Pero así sucedió: y esa segunda vez durmió, casi hasta en los minutos, el mismo tiempo que el anterior.

Entonces, sin embargo, su sueño estuvo marcado por algunos incidentes inusitados.

Mientras la vez anterior había permanecido enteramente pasiva, ahora hablaba y cantaba, y algunos momentos parecía conversar con sus hermanos muertos. Los que se encontraban en la pieza, sintiendo que aquellas palabras eran dirigidas á otros oídos que ya no pertenecían á la tierra, estaban sobrecogidos de una impresión de intensa solemnidad. Algunas veces, durante el segundo período de sueño, cantaba alguna canción patética con una voz extraña. Sus padres estaban notablemente conmovidos. No podían creer que su adorada hija se encontraba con ellos, sino que había tomado su lugar alguna criatura sobrenatural.

En la casa había una porción de animales domésticos, todos muy apegados á la joven. Durante su largo sueño, compartieron la ansiedad de sus padres, dando marcados signos de pena. Entre estos animales se cuenta un hermoso perro, cuyas aprensiones por la salud de su ama deben haber sido muy vehementes, pues no podía conseguirse que dejara aquella pieza. Todo el tiempo que duró el letargo, se estuvo tendido á los piés de la cama, dirigiendo cons-

tantemente sus ojos húmedos hacia el rostro de la enferma.

Por fin, despertó de nuevo la señorita Burch, y de nuevo pareció grandemente restablecida.

Hace muy pocos días que tuvo lugar el último acceso de sueño. Por esta vez, sin embargo, durmió solamente cuatro días, del lunes al jueves.

Repetimos que la paciente está casi fuera de peligro por estos raros letargos, sin que los médicos puedan explicarse en qué consiste esta notable mejoría.

(TRANSCRIPTO DE *El País*).

HISTORIA DEL CADETE

La historia que voy á referir hace parte de mis recuerdos más antiguos, pues la tengo de un anciano de bastante edad, que me la contó hace ya muchos años. Aunque éste había pasado entonces el período de los ochenta inviernos que, según las Escrituras, constituye el límite extremo de la existencia humana, se mantenía todavía derecho, conservando una actitud militar y, no sólo gozaba de la plenitud de todas sus facultades, sino había conservado también un vigor, físico y mental, muy raro en edad tan avanzada, pues sólo dejó de montar diariamente á caballo tres semanas antes de su muerte, que tuvo lugar cuando alcanzó á los noventa y dos años. El excéptico no tendrá, pues, derecho para rechazar mi narración, bajo pretexto de que no puede ser exacta, estando basada en chocheos de viejo cuyos recuerdos se presentan confusos y semi-borrados; así como no podrá tampoco tacharla de haber sido exagerada por la imaginación infantil del auditorio, desde que no la reflero á mi sola memoria, sino también á una relación del asunto, cuidadosamente escrita y fechada el año en que el acontecimiento se produjo, y que fué encontrada entre las papeles del anciano después de su muerte. Es conveniente añadir que dicho manuscrito, que no tuve oportunidad de leer sino veinte años más tarde, concordaba, en todos sus detalles, con el recuerdo vivo que yo conservaba de la historia. Lo reproduzco aquí casi literalmente, no agregando, de memoria, más que algunos pequeños detalles sobre las conversaciones cambiadas, y con la modificación de los nombres de los personajes actores en el asunto.

Recuerdo haber oído decir al anciano que un autor, cuyo nombre

había entonces olvidado, se presentó un día en casa de uno de sus amigos que, como él, habían jugado un rol en este drama, para solicitar el favor de oír la narración, y he descubierto después, que de él se hace mención en los *Night Side of Nature* de la señora Crowe, pero de un modo muy sumario y sin mencionar algunos de los fenómenos que describo ahora. Pienso, sin embargo, que esta narración será nueva para la mayoría de nuestros lectores, y, si algunos de entre ellos vuelven á encontrar un hecho ya conocido, tendrán en todo caso, una mayor confirmación de los hechos, tomada en una fuente absolutamente distinta. Veamos, pues, la relación indicada:

Cuando todavía era un adolescente entré en calidad de cadete, al servicio de la honorable Compañía de las Indias Orientales y parti de Plymouth una bella mañana á bordo del excelente velero el «Somerset», con muchos otros jóvenes que se dirigían al Oriente con el mismo fin que yo. Atravesábamos entonces una época agitada y más de una visión de gloria adquirida en el campo de batalla pasó ante nuestros ojos llenos de juventud. Formábamos entre todos un alegre grupo, pues mis compañeros eran valientes muchachos, alegres, traviesos en su mayor parte, libres de las penosas preocupaciones de la vida; y así, contándonos historias, bromeando y cantando, hicimos lo mejor posible para acortar las largas horas de ese viaje fastidioso.

Entre mis camaradas había uno que parecía experimentar una singular simpatía por mí, probablemente porque yo era el menos chacotón de todos y él solía tener á veces accesos de tristeza, ó más bien dicho, se abandonaba en algunas ocasiones á pensamientos serios bajo el imperio de los cuales se encontraba, diré, concentrado en sí mismo, rechazando entonces los avances de sus compañeros. Era aquél un joven montañés de Escocia, llamado Camerón, hermoso moreno de alta talla; individuo que había leído mucho, pero al que repugnaba hacer gala de sus conocimientos. Instintivamente uno sentía que había en él un hombre que se apartaba de lo vulgar y que tenía tal vez una historia.

Como acabo de decir, sentía por mí una singular simpatía, y, aunque se manifestó reservado al principio, concluimos por llegar á ser verdaderos amigos: durante sus horas más melancólicas, cuando evitaba la sociedad de los demás, parecía sentir una especie de satisfacción pasiva en la mía. En tales momentos casi no hablaba, pasándose muchas veces hasta una hora dirigiendo al horizonte sus ojos serios y profundos á los que animaba una estraña mirada que se perdía en lontananza. Al contemplarlo así muchas veces pensé que tal debía de ser la mirada de un hombre á quien una pena terrible ó una horrorosa prueba hubiera separado para siempre

del resto de sus semejantes. Sin embargo, no me permití nunca hacerle pregunta alguna al respecto, esperando pacientemente el momento en que la madurez de nuestra amistad lo llevase á revelarme su secreto.

Hice, además, otra observación: desde que recaía la conversación sobre lo que se tiene la costumbre de llamar lo sobrenatural,—hecho que sucedió muchas veces durante el viaje y que era un sujeto sobre el cual la mayor parte de nosotros se mostraba categóricamente excéptico,—no sólo mi amigo no expresaba ninguna opinión sino que invariablemente se separaba de nuestro lado ó hacía esfuerzos para llevar la conversación á otro tópicó. Apesar de esto, ninguno pareció notar el hecho y en cuanto á mí, es inútil decir, que no hice alusión á él.

Por fin llegamos sin tropiezos á Madrás y después de haber permanecido allí una quincena de días, cinco de nosotros, entre los cuales se encontraba mi amigo Camerón, recibieron orden de reunirse á su regimiento en una guarnición del interior. Nuestro destacamento estaba colocado bajo las órdenes de cierto Mayor Rivers, á quien nos habíamos ligado mucho durante el poco tiempo que pasamos con él en Madrás. Era un hombre pequeño de cuerpo, seco, miope, con ojos grises y una sonrisa particularmente afable, de una extrema puntualidad en los detalles, pero franco, benevolente y alegre; en una palabra: un verdadero soldado y un verdadero sportsman, sobre quien había dejado su huella el amor por este ejercicio bajo forma de una claudicación muy visible, en un accidente de caza á caballo.

Gran parte de nuestro camino debía hacerse por agua, de modo que se requisó para nuestro servicio una especie de barco grande, sobre el cual partimos una mañana al amanecer. El calor no tardó en hacerse intolerable y como el país era llano y avanzábamos muy lentamente, no os sorprenderéis al verme decir que el tiempo nos pesaba mucho. Algunas veces desembarcábamos para dar algunos pasos y desentumecernos las piernas, pero el calor del sol no tardaba en hacernos volver bajo la tienda de nuestro barco; así es que, al fin del segundo día, habíamos alcanzado á una intensidad tal de fastidio que era éste ya vecino de la desesperación. En esos momentos el mayor nos dijo de pronto, sonriéndose:

«Señores, tengo una proposición que haceros.»

«Escuchemos, escuchemos, gritamos todos á un tiempo; no importa lo que sea con tal que podamos romper esta horrible monotonía.»

«Hé aquí mi idea, dijo el Mayor. ¿Veis aquella pequeña colina? Pues bien, conozco el país á fondo y sé que el río pasa justa-

mente del otro lado de ella; aunque la distancia sea, como lo veis, de algunas millas en línea recta, por agua, á causa de las vueltas que da el río, es por lo menos cuatro veces más considerable.

Tenemos que hacer alto por la noche y mañana temprano, abandonando la barca después de tomar nuestras medidas para volver á encontrarla á la tarde del otro lado de la colina, romperemos la monotonía del viaje tirando algunos golpes de fusil en estos juncales donde sé, por experiencia, que hay muy buena caza.»

No necesito decir que semejante propuesta fué aceptada por aclamación y que á la mañana siguiente, á una hora muy matinal, descendimos á tierra armados de nuestros fusiles y acompañados de un gran perro perteneciente á uno de los compañeros y que era un hermoso é inteligente animal del que habíamos hecho nuestro favorito. El Mayor escitó nuestra alegría haciendo su aparición calzado con unas enormes botas, demasiado grandes para él, pero cuando uno de nosotros declaró que parecía más bien preparado para pescar que para cazar, se limitó á reír con su buen humor habitual y aseguró que antes de que la jornada terminase, nos sucedería talvez tener que sentir no encontrarnos tan bien protegidos como él.

Es justo reconocer que tenía razón, pues el suelo era absolutamente pantanoso en gran extensión y en muchos sitios nos vimos obligados, para obtener un punto de apoyo á saltar de mata en mata, ó de una piedra á otra, lo que, cargados como íbamos con nuestros fusiles, no tardó en fatigarnos excesivamente. En fin, nuestro embarazo alcanzó su apogeo, cuando nos encontramos en presencia de un arroyo fangoso, de cerca de doce pies de ancho.

«¡Esto es demasiado ancho para que un hombre pueda saltarlo cargado con un pesado fusil, exclamé!»

—«Oh! contestó el Mayor, pienso que la situación no es sin salida; en todo caso voy á ensayar resolverla y si paso el arroyo, con mi pierna coja, el asunto debe ser fácil para hombres jóvenes como ustedes». Diciendo esto, tomó distancia y saltando alcanzó justamente á la orilla opuesta; desgraciadamente el suelo cedió bajo sus piés y aquél se hundió en el agua. En un abrir y cerrar de ojos todos franqueamos felizmente el obstáculo y corrimos en ayuda del Mayor. Estaba sano y salvo, y gracias á sus enormes botas, no se había mojado, pero su fusil tenía los caños llenos de barro y reclamaba una limpieza detenida. Riéndose de la aventura se sentó al pié de un árbol vecino y empezó á abanicarse con el sombrero, diciéndonos al mismo tiempo: «Os será preciso continuar el camino sin mí, durante algun tiempo.»

Protestamos contra la idea de dejarlo, haciéndole observar que no conocíamos el país y ofreciéndonos para permanecer á su lado á fin de ayudarlo, lo que no quiso permitir.

«No, dijo, debeis continuar avanzando y aprovechar lo que podáis encontrar; yo os seguiré dentro de media hora. Es imposible perdernos, y poniéndonos en el peor de los casos, tendremos siempre la colina como señal, de modo que sólo os bastará trepar sobre un árbol para hallar inmediatamente la dirección. De todas maneras, tratad de encontraros cerca de la barca á las cinco».

Obedecimos con bastante repugnancia y penéramos en el bosque, dejando á nuestro jefe sentado bajo el mismo árbol en tren de abanicarse. Habíamos andado ya cerca de una hora sin gran éxito y empezábamos á preguntarnos donde se nos reuniría el Mayor, cuando Camerón, que se encontraba á mi lado, se detuvo de pronto, cubierto el semblante de una palidez mortal y exclamó, con un acento de horror, estendiendo la mano derecha hácia adelante:

—«¡Mirad! ¡mirad! misericordia divina, mirad allí!»

—«¿Donde? ¿qué? ¿que es lo que hay?» gritamos todos á un tiempo poniéndonos á su lado y mirando á nuestro alrededor con la idea de que íbamos á ver un tigre, una cobra, ... no sabíamos qué, pero, seguramente, una cosa terrible, puesto que había bastado para provocar semejante emoción en nuestro camarada, ordinariamente tan dueño de sí mismo. Pero no se veía ni tigre, ni cobra, ... sino sólo á Camerón que, con el semblante horrorosamente alterado, con los ojos fijos, mostraba con el dedo alguna cosa que no podíamos ver.

—«¡Camerón! ¡Camerón! grité cojiéndole del brazo; por el amor del cielo, hablad! ¿qué es lo que pasa?»

Apenas había tenido tiempo de articular estas palabras, cuando un ruido sordo, pero muy característico, hirió mi oído y Camerón, dejándolo caer su mano, dijo con una voz ronca:

—«¡Allá! ¿habeis oído? ¡Bendito sea Dios, esto ha concluido!» Enseguida cayó desvanecido al suelo. Hubo un instante de confusión durante el cual le desprendimos el cuello de la camisa y yo le arrojé sobre la cara un poco de agua que por suerte tenia en mi cantimplora, mientras que otro trataba de hacerle pasar cognac entre sus dientes apretados. En esos momentos murmuré al oído de mi vecino (uno de los más determinados escépticos, sea dicho de paso): «¿Beauchamp, habeis oído algo, tú?»

—«Si, respondió, un ruido verdaderamente singular; una especie de chirrido ó de chisporroteo muy lejano y sin embargo muy distinto; si la cosa no fuese absolutamente imposible, hubiera jurado que eran descargas de fusilería.»

—«Exactamente es la impresión que esto me ha hecho, agregué, pero ¡chut! Camerón vuelve en su conocimiento.»

Al cabo de uno ó dos minutos, nuestro compañero se encontró en estado de hablar débilmente y comenzó por darnos las gracias y por excusarse del trastorno que nos causaba; no tardó después en sentarse, apoyando la espalda contra un árbol, y dijo con una voz firme aunque todavía velada:

—«Mis queridos amigos, siento que os debo una explicación respecto de mi extraña manera de sér. Hubiese deseado evitar el tener que darla, pero como tiene que hacerse inevitable un día ú otro, más vale que sea enseguida. Habréis talvez notado que, durante el viaje, cuando todos os burlabais de los sueños, de los malos presagios y de las visiones, yo evitaba invariablemente emitir una opinión sobre el asunto. Procedía así porque, al mismo tiempo que no teniendo ningún deseo de ponerme en ridículo ó de provocar una discusión, no podía participar de vuestra manera de ver á causa de que una cruel experiencia personal me había hecho conocer demasiado que el mundo que se ha convenido en llamar sobre-natural era tan real—por no decir mucho más—que el que nos rodea. En otros términos, como un gran número de mis compatriotas, tengo la desgracia de poseer el don de segunda vista, de esa temible facultad que nos hace prever, por medio de visiones, las calamidades que están á punto de producirse.»

«Acabo de tener, en este instante, una de esas visiones y su excepcional horror ha producido en mí el efecto que habéis podido constatar. He contemplado un cadáver, no el de un sér arrebatado por una muerte tranquila y natural, sino el de una víctima de un terrible accidente: una horrible masa informe, cuyo semblante hinchado, machacado, era desconocible. He visto colocar esos horribles restos en un féretro y he asistido al servicio fúnebre celebrado en honor del muerto. He tenido ánte mis ojos el cementerio, el pastor y, aunque nunca los he conocido antes, los veo ahora mentalmente con bastante claridad como para describirlos. Os he visto, así como á Beauchamp, á mí mismo, á todos nosotros y á muchos otros, de pié y conduciendo el duelo. He visto, por fin, á los soldados levantar sus fusiles, cuando el servicio hubo terminado, y he oído el ruido de la descarga... enseguida no sé nada más».

Cuando habló de la descarga, lancé, estremeciéndome, una ojeada hácia Beauchamp, y la mirada petrificada por el horror que brillaba en la fisonomía de este bello escéptico es para mí inolvidable. Quedamos, como es consiguiente, bajo la impresión de esta visión; ninguno de nosotros quería ser el primero en hablar y durante un largo minuto, tal véz más, reinó un silencio impresionante, — uno de esos silencios que dominan á medio día bajo los trópicos y que son mucho más profundos que los de media noche.

Al cabo de uno ó dos minutos, nuestro compañero se encontró en estado de hablar débilmente y comenzó por darnos las gracias y por escusarse del trastorno que nos causaba; no tardó después en sentarse, apoyando la espalda contra un árbol, y dijo con una voz firme aunque todavía velada:

—«Mis queridos amigos, siento que os debo una explicación respecto de mi extraña manera de sér. Hubiese deseado evitar el tener que darla, pero como tiene que hacerse inevitable un día ú otro, más vale que sea enseguida. Habréis talvez notado que, durante el viaje, cuando todos os burlabais de los sueños, de los malos presagios y de las visiones, yo evitaba invariablemente emitir una opinión sobre el asunto. Procedía así porque, al mismo tiempo que no teniendo ningún deseo de ponerme en ridículo ó de provocar una discusión, no podía participar de vuestra manera de ver á causa de que una cruel experiencia personal me había hecho conocer demasiado que el mundo que se ha convenido en llamar sobre-natural era tan real—por no decir mucho más—que el que nos rodea. En otros términos, como un gran número de mis compatriotas, tengo la desgracia de poseer el don de segunda vista, de esa temible facultad que nos hace prever, por medio de visiones, las calamidades que están á punto de producirse.»

«Acabo de tener, en este instante, una de esas visiones y su excepcional horror ha producido en mí el efecto que habéis podido constatar. He contemplado un cadáver, no el de un sér arrebatado por una muerte tranquila y natural, sino el de una víctima de un terrible accidente: una horrible masa informe, cuyo semblante hinchado, machacado, era desconocible. He visto colocar esos horribles restos en un féretro y he asistido al servicio fúnebre celebrado en honor del muerto. He tenido ante mis ojos el cementerio, el pastor y, aunque nunca los he conocido antes, los veo ahora mentalmente con bastante claridad como para describirlos. Os he visto, así como á Beauchamp, á mí mismo, á todos nosotros y á muchos otros, de pié y conduciendo el duelo. He visto, por fin, á los soldados levantar sus fusiles, cuando el servicio hubo terminado, y he oído el ruido de la descarga... enseguida no sé nada más».

Cuando habló de la descarga, lancé, estremeciéndome, una ojeada hácia Beauchamp, y la mirada petrificada por el horror que brillaba en la fisonomía de este bello escéptico es para mí inolvidable. Quedamos, como es consiguiente, bajo la impresión de esta visión; ninguno de nosotros quería ser el primero en hablar y durante un largo minuto, tal vez más, reinó un silencio impresionante, — uno de esos silencios que dominan á medio día bajo los trópicos y que son mucho más profundos que los de media noche.

exaltada por el singular estado en que veíamos á Camerón, y cuando les recordamos hasta qué punto concordaba esto con el fin de la visión de nuestro camarada, se contentaron con atribuir la cosa á una simple coincidencia.

Ni Beauchamp ni yo quedamos satisfechos con la explicación que se nos pretendía dar; ambos habíamos oído aquel ruido y sabíamos cuanto carecía de valor la opinión emitida por nuestros dos compañeros, pero como no estábamos en condiciones de dar otra mejor, la discusión se hacía inútil. ¡Mas, qué decir de esa sobrenatural campana de iglesia! En cuanto á ella, nadie soñó en atribuirle á la imaginación; todos la habíamos oído resonar y sentido las vibraciones transmitidas al suelo. Además, todos también describíamos del mismo modo el sonido que hirió nuestros tímpanos y declarábamos de igual manera que él se producía en medio de nosotros.

« Sin embargo, dijo Granville, debe seguramente haber un medio de explicar la cosa de un modo natural; pues aún cuando existiesen espíritus, sería absurdo suponerles capaces de producir semejante fenómeno, fuera de que yo he oído hablar de casos en los que se ha constatado que un éco, de una naturaleza especial, era susceptible de reproducir un sonido á una distancia casi increíble y con una sorprendente exactitud. »

« ¡Un éco! respondió desdenosamente Camerón; no existe una sola campana de iglesia en un radio de cincuenta millas á nuestro alrededor y probablemente no existe tampoco, del género de esta, en todas las Indias, pues vibraba como la gran campana de Moscou. »

« Si, ese sonido ciertamente no ha recorrido cincuenta millas, declaró Beauchamp pensativo; ¿supongo que habréis oído hablar del campanero de la América del Sud?, añadió. »

Todos habíamos efectivamente leído la descripción de ese pájaro encantador y de la maravillosa nota que lanza, parecida á una campanada, pero no teníamos ningún motivo para suponer que pudiese existir la misma ave en las Indias; además estuvimos unánimes en afirmar que ningún espécimen de la tribu alada se había empollado todavía que fuese capaz de producir el fuerte estrépito metálico escuchado.

« Habría deseado que el Mayor se encontrase con nosotros, dijo Granville; conoce el país y talvés hubiese podido emitir una opinión. Pero, ¡ay! ya he encontrado la explicación del misterio! ¿Cómo no se nos ha ocurrido antes? Es fuera de duda, que el Mayor, que ha quedado atrás, acaba de darnos una broma y debe estar en estos momentos muerto de risa en algún rincón al recordar el tremendo y ridículo espanto que nos ha ocasionado. »

«¡Esa es una idea luminosa! ¡hé ahí lo sucedido! exclamaron al mismo tiempo Beauchamp y Johnson.

«No, esperad, dije interviniendo. ¿Cómo habría podido hacerse tal cosa? Es difícil suponer que sea posible transportar en el bolsillo una campana del peso de dos ó tres toneladas.»

«¡Oh! sin duda ha llegado á descubrir un medio cualquiera, respondió Granville; he oído decir, por ejemplo, que una barra de hierro, convenientemente preparada, podía, cuando se le golpeaba, dar un sonido que imita muy bien el de una campana.»

«Puede ser así, pero las barras de hierro convenientemente preparadas no se arrastran generalmente por los juncales indios, y estamos ciertos que el Mayor no sacó nada de la barca cuando nos separamos de ella.»

«¡Y bien! puede que el cañón de su fusil haya estado...», pero una sonrisa que se dibujó en los labios de todos cortó la palabra al orador, mientras Camerón agregaba con tranquilidad:

«No, Granville, no creo que esa explicación sea buena; además, ¿cómo os explicaríais que el ruido pareciera tomar nacimiento justamente encima de nuestras cabezas?»

«Mucho se puede conseguir haciendo un empleo juicioso de la ventriloquia», contestó Granville.

«¡La ventriloquia!» ¿pero, mi querido camarada, podéis seriamente suponer que un ruido semejante haya jamás salido de una garganta humana?

«Francamente, no sé nada, pero mientras no hayáis encontrado una causa mejor, me mantendré en mi hipótesis de que el Mayor es, de una manera cualquiera, responsable del susto que hemos tenido.»

Beauchamp y Johnson, después de un momento de hesitación, se adhirieron á esta opinión. Camerón sonrió tristemente moviendo la cabeza, pero no agregó una palabra. En cuanto á mí, no sabía que pensar, pues mi escepticismo había quedado conmovido considerablemente por los extraños acontecimientos de la mañana. Pasamos algunas horas á las orillas del encantador arroyito, cada uno poniendo su memoria á contribución para extrer de ella alguna historia sobre-natural semí olvidada ya, sobre los duendes, los fantasmas, ó las hadas, que le hubiera sido contada en los tiempos felices de su infancia. La única de esas narraciones de que he guardado recuerdo, es una corta historia que nos refirió Camerón, respondiendo á una pregunta que se le hizo sobre la primera experiencia que tuvo del don de segunda vista.

«El primer hecho que recuerdo, dijo, es el siguiente: Era todavía un niño de seis ó siete años, cuando una tarde que paseábamos

juntos, mi padre y yo, nos detuvimos para ver á los pescadores que habitaban la pequeña aldea dependiente de nuestra casa poner sus barcos á flote y partir para su tarea nocturna. Entre esos pescadores se encontraban dos bellos muchachos, Alec y Donald, que eran para mí verdaderos favoritos y que tenían la costumbre de traer frecuentemente peces curiosos para mostrarlos «al joven laird» como me llamaban. Yo mismo había ocupado una vez un sitio en su barco. Después de agitar mi mano en señal de despedida cuando se pusieron á la vela, continuamos nuestro paseo escalando los peñascos de la orilla, lo que nos permitía no perder de vista los barcos que se mantenían á la larga.»

«Ya estábamos cerca de nuestra morada, cuando al dar vuelta uno de los ángulos del muro del viejo castillo, apercibí, lleno de sorpresa, á Alec y á Donald arrimados á él. Iba á dirigirles la palabra, cuando la mano de mi padre, crispándose de pronto sobre la mía, me obligó á levantar los ojos para mirarle y la expresión fija y dura que noté sobre sus facciones desvió un instante mi atención, sin impedirme sin embargo notar que los muchachos no nos habían saludado como de costumbre y aún parecían no vernos.»

«¿Padre, pregunté, qué pueden hacer aquí Alec y Donald?»

«Mi padre lanzó entonces sobre mí una mirada llena de compasión y dijo: Los habéis, pues, visto tú también? ¡Ah hijo mío, hijo mío! después de lo cual no respondió á mis preguntas y no volvió á abrir la boca hasta llegar á nuestra casa. Inmediatamente de entrar en ella se retiró á sus departamentos y yo corrí á la playa para saber por qué el barco de mis amigos había regresado, pero con gran admiración de mi parte no se encontraba allí embarcación alguna y una vieja que había permanecido durante todo ese tiempo hilando sobre el umbral de su puerta, me afirmó que ninguna había vuelto desde que la flotilla se puso á la vela dos horas antes.»

«Yo estaba intrigado, pero no puse en duda un solo instante que mis amigos no se hubieran encontrado en carne y hueso, de una manera cualquiera, donde los ví. La fuerte tormenta que me despertó durante la noche no me inspiró sospecha alguna y no fué sino ya bastante adelantada la mañana, cuando ví varios hombres conduciendo piadosamente dos cuerpos á la casa donde habían vivido Alec y Donald, que comencé á darme cuenta de la verdadera naturaleza de lo que había visto!»

La jornada pasó así hasta el momento en que los rayos del sol poniente nos advirtieron que era ya tiempo de pensar en llegar hasta la barca. No teníamos que ir léjos, pues la colina á cuyo

juntos, mi padre y yo, nos detuvimos para ver á los pescadores que habitaban la pequeña aldea dependiente de nuestra casa poner sus barcos á flote y partir para su tarea nocturna. Entre esos pescadores se encontraban dos bellos muchachos, Alec y Donald, que eran para mí verdaderos favoritos y que tenían la costumbre de traer frecuentemente peces curiosos para mostrarlos «al joven laird» como me llamaban. Yo mismo había ocupado una vez un sitio en su barco. Después de agitar mi mano en señal de despedida cuando se pusieron á la vela, continuamos nuestro paseo escalando los peñascos de la orilla, lo que nos permitía no perder de vista los barcos que se mantenían á la larga.»

«Ya estábamos cerca de nuestra morada, cuando al dar vuelta uno de los ángulos del muro del viejo castillo, apercibí, lleno de sorpresa, á Alec y á Donald arrimados á él. Iba á dirigirles la palabra, cuando la mano de mi padre, crispándose de pronto sobre la mía, me obligó á levantar los ojos para mirarle y la expresión fija y dura que noté sobre sus facciones desvió un instante mi atención, sin impedirme sin embargo notar que los muchachos no nos habían saludado como de costumbre y aún parecían no vernos.»

«¿Padre, pregunté, qué pueden hacer aquí Alec y Donald?»

«Mi padre lanzó entonces sobre mí una mirada llena de compasión y dijo: Los habéis, pues, visto tú también? ¡Ah hijo mío, hijo mío! después de lo cual no respondió á mis preguntas y no volvió á abrir la boca hasta llegar á nuestra casa. Inmediatamente de entrar en ella se retiró á sus departamentos y yo corrí á la playa para saber por qué el barco de mis amigos había regresado, pero con gran admiración de mi parte no se encontraba allí embarcación alguna y una vieja que había permanecido durante todo ese tiempo hilando sobre el umbral de su puerta, me afirmó que ninguna había vuelto desde que la flotilla se puso á la vela dos horas antes.»

«Yo estaba intrigado, pero no puse en duda un solo instante que mis amigos no se hubieran encontrado en carne y hueso, de una manera cualquiera, donde los ví. La fuerte tormenta que me despertó durante la noche no me inspiró sospecha alguna y no fué sino ya bastante adelantada la mañana, cuando ví varios hombres conduciendo piadosamente dos cuerpos á la casa donde habían vivido Alec y Donald, que comencé á darme cuenta de la verdadera naturaleza de lo que había visto!»

La jornada pasó así hasta el momento en que los rayos del sol poniente nos advirtieron que era ya tiempo de pensar en llegar hasta la barca. No teníamos que ir léjos, pues la colina á cuyo

pié debíamos encontrarla, estaba claramente á la vista y nos bastaba sólo atravesar un bosque que rodeaba su base. En tales momentos habíamos ya casi recobrado nuestro equilibrio normal y nos reíamos y chanceábamos alegremente, preguntándonos dónde encontraríamos al Mayor y pensando en la increíble historia que teníamos que contarle.

Beauchamp que marchaba á nuestra cabeza, acababa de gritarnos: «¡Estamos, por fin, en el límite del bosque!», cuando su perro, que correteaba adelante volvió apresuradamente á agazaparse en medio de nosotros con todos los signos de un excesivo terror. Todavía no habíamos tenido tiempo de admirarnos de esta anormal actitud, cuando el mismo sonido anterior, solemne y sonoro, volvió á dejarse escuchar en medio del grupo, exactamente como la primera vez, y como entonces, también, el perro temblando se puso á aullar levantando la cabeza.

«¡Ah! exclamó Cameron, dirigiéndose rápidamente á Granville, ¿es esto un éco, ventriloquía, una barra de hierro ó un cañón de fusil? ¿Cuál de estas hipótesis preferís ahora?»

En el instante en que cesó de hablar, el toque sobrenatural volvió nuevamente á sonar con estrépito, y entonces, de un consentimiento unánime, corrimos hacia el terreno descubierto que se encontraba al extremo del bosque, pero antes de que hubiésemos podido alcanzarlo, la campana fantástica resonó otra vez tan cerca de nuestros oídos que casi parecía que fuese en nuestros cerebros, mientras que el perro aullaba con verdadero frenesí. Desordenadamente nos precipitamos á la pradera que se extendía en dulce pendiente hasta el río, apercibiendo aquí con un indecible sentimiento de bienestar, á nuestra barca, amarrada y pronta para recibirnos, así como al Mayor que, á alguna distancia delante de nosotros, se dirigía rápidamente hacia ella cojeando como siempre.

¡Mayor! ¡Mayor! gritamos, pero, aunque ordinariamente tenía muy fino el oído, esta vez no dió vuelta la cabeza; se limitó á apresurar el paso, obligándonos á causa de ello á lanzarnos corriendo en su persecución. Con gran sorpresa nuestra, el perro, en lugar de acompañarnos, lanzó un último y lúgubre aullido y precipitóse de nuevo en el bosque hechizado sin que nadie pensase en seguirlo, pues nuestra atención estaba concentrada en el Mayor. Aunque corríamos ligero fué imposible alcanzarlo y cuando todavía estábamos á una cincuentena de yardas de la barca lo vimos pasar con rapidez sobre la tabla que los barqueros acababan de colocar para establecer la comunicación entre la embarcación y la ribera y descender después con igual precipitación la escalera; á nuestro turno nos precipitamos detrás, quedando luego estu-

pefactos al ver que nuestras pesquisas para encontrarlo resultaban inútiles. La puerta de su cámara estaba abierta de par en par, más la pieza se encontraba vacía y en vano la registramos, así como á la barca entera, pues ni la más ligera huella del Mayor descubrimos en ella.

¡Y bien! exclamó Granville, este hecho es el más raro de todos.

Cambié una mirada con Camerón, mientras Granville, sin prestarnos atención, se lanzó sobre el puente y preguntó al jefe de los barqueros, dónde estaba el Mayor.

«Sahib, respondió el hombre, no lo he visto desde que partió con vosotros esta mañana».

«¿Qué quereis decir? gritó encolerizado Granville; el Mayor ha subido sobre esta embarcación hace apenas un minuto y yo os he visto colocar, con vuestras propias manos, una tabla para facilitarle el paso».

Señor, repitió lleno de asombro el barquero, seguramente padecéis un error, pues habeis sido la primera persona que se ha embarcado y si he colocado la tabla fué porque os ví venir á todos. En cuanto al Mayor Sahib, no lo he vuelto á ver desde esta mañana».

No pudimos dejar de mirarnos unos á otros con una sorpresa que no estaba exenta de terror y oí á Camerón murmurar como para sí mismo: «Quiere decir que está, pues, muerto, como lo temía, y es en suma, á él á quien se refería la visión».

«Hay algo de muy extraño en todo esto, dijo Beauchamp, alguna cosa que me es imposible comprender; pero lo que hay de muy claro es que debemos volver inmediatamente al sitio en que dejamos al Mayor esta mañana y ponernos en su busca. Es posible que le haya ocurrido algún accidente».

Describimos al jefe de los barqueros al lugar donde nos separamos del Mayor y pudimos constatar que participó enseguida de nuestros más serios temores. «Es un paraje muy peligroso, Sahib, dijo; allí hubo, hace tiempo, una aldea y se encuentran dos ó tres pozos profundos, cuyos orificios están enteramente ocultos por hierbas y malezas. Como el Mayor Sahib es corto de vista, podría muy bien haber caído en uno de ellos».

Inútil es agregar que estos datos decuplaron nuestras aprensiones y que partimos sin perder un instante, llevando con nosotros á tres de los barqueros munidos de un rollo de sólidas cuerdas. Como se supondrá, no fué sin una desagradable sensación que penetramos de nuevo en el bosque donde habíamos escuchado aquellos misteriosos sonidos que teníamos demasiada razón de temer, pues tal vez tenían por fin prevenirnos, de una manera inexplicable, que una desgracia era inminente ó que acababa de producirse.

El sugeto de la conversación que entonces mantuvimos fué, sobre todo, el último fenómeno, es decir la aparición y desaparición de lo que no podíamos impedirnos de llamar el fantasma del Mayor. Cambiadas nuestras respectivas impresiones quedó debidamente establecido que los cinco lo habíamos claramente visto. Todos notamos en aire apresurado, como igualmente nos apercebimos que estaba todavía calzado con sus grandes botas, pero que no tenía sombrero ni llevaba su fusil; todos igualmente le vimos descender al interior de la barca y estábamos, perfectamente seguros que no le hubiera sido posible escapar sin atraer nuestra atención, en el caso en que se tratara de un hombre de carne y hueso.

Por excépticos que algunos de nosotros se hubiesen mostrado, por lo que respecta á las apariciones sobrenaturales, creo que en ese momento ninguno hubiese ido hasta acariciar la esperanza de encontrar vivo al Mayor, y me será quizás permitido confesar, sin que ello perjudique á nuestra bravura de soldados, que al volver sobre nuestros pasos á través del bosque nos manteníamos lo más cerca posible unos de otros y que hablabámos en general en voz baja, salvo cuando nos deteníamos para descargar nuestras armas y lanzar juntos gritos á fin de que el Mayor fuese advertido de nuestra aproximación en caso que hubiera caído en alguna parte, herido ó incapaz de moverse.

Sin embargo, nada de sobrenatural volvió á mostrarse en nuestro camino y fué sin dificultad alguna que llegamos al paraje donde habíamos antes saltado el arroyuelo y al árbol bajo el cual dejamos al Mayor. A partir de este punto, los barqueros hallaron fácilmente la huella de sus pasos en una distancia de algunas centenas de yardas y uno de ellos alzó el sombrero y el fusil de aquél á quien buscábamos. «Precisamente, los objetos que no tenía cuando lo hemos visto», murmuró Camerón á mi oído.

En ese instante tuvimos la certeza de que un accidente terrible había sucedido, probablemente, en las cercanías del sitio donde nos encontrábamos. En efecto, los indígenas nos mostraron, á algunas yardas de nosotros, la boca oculta de uno de esos viejos pozos de que ya nos habían hablado. ¡Ay! sobre sus orillas se veían huellas respecto de las cuales no era posible engañarse, que indicaban que los piés se habían deslizado allí. Cuando contemplamos, inclinándonos, la sombría profundidad de un abismo, no pudimos dudar que nuestro pobre amigo debía estar mortalmente herido, sinó muerto por su caída.

El sol estaba á punto de ponerse y la noche llega tan pronto bajo los trópicos, que no teníamos tiempo que perder, por lo quá, como nuestras voces quedaban sin respuestas, resolvimos atar rápidamente

la cuerda á las ramas de un árbol que se inclinaba sobre el orificio del pozo y uno de los barqueros descendió. Bien pronto, desde una enorme profundidad, subió un grito hasta nosotros: el hombre había alcanzado el fondo y había encontrado un cuerpo, pero le era imposible decir si era el del Mayor ó nó. Le dimos la orden de atarle con la cuerda, y, con el corazón anhelante, le subimos á la superficie.

Jamás olvidaré el lúgubre espectáculo que hirió nuestros ojos á la moribunda luz del día; era el cuerpo del Mayor, pero sólo por su traje y por sus largas botas pudimos reconocerle. No tenía apariencia humana alguna y la cara estaba hinchada y machucada hasta el punto de no ser reconocible, como Camerón lo había contemplado en su visión. Horrible detalle... tomado en la cuerda, que fué atada con precipitación alrededor del cadáver, se encontraba también el cuerpo mutilado, pero todavía palpitante, del perro de Beauchamp que tan locamente se lanzó al bosque una hora antes. Enfermos de horror, fabricamos una rústica litera de ramas sobre la que depositamos, sin mirarlos, los restos del Mayor, y les trasportamos en silencio hácia la barca.

Dé este modo termina mi triste historia, y pocos dejarán de admirar que haya producido un efecto durable sobre la vida de cada uno de los que fueron actores en ella. Desde esa época he tomado parte en muchas batallas y encarado, con bastante calma, la muerte bajo sus aspectos más terribles (pues la familiaridad engendra, en ese caso, la indiferencia ó el desprecio), pero hay, sin embargo, momentos en que aquella campana, aquel fantasma, aquel cadáver, se presentan á mi espíritu y entonces me siento sobrecogido por un sentimiento de intenso horror y experimento temor de encontrarme solo.

Debo aún agregar algunas palabras para que mi narración sea completa. El siguiente día, cuando llegamos á nuestro destino y después de haber hecho nuestra triste declaración ante la autoridad correspondiente, me dirigí con Camerón á dar un paseo á pié con el propósito de sacudir en parte, gracias á la apaciguadora influencia de la naturaleza, la tristeza que paralizaba nuestro espíritu. De pronto, Camerón me apretó el brazo y me señaló con el dedo un terreno rodeado de una grosera balaustrada. «¡Sí, es allí!, dijo: ¡Mirad el cementerio que he visto ayer!» Y cuando poco después se nos presentó el capellán del lugar, noté el estremecimiento involuntario que sintió Camerón al apretarle la mano y comprendí que había reconocido al pastor de su visión.

En cuanto á las explicaciones, no tengo ninguna que dar. Sé que la historia es increíble, pero sé también que es verdadera. Los barqueros indígenas nos contaron que, según las tradiciones locales, el

emplazamiento de la aldea abandonada había conservado desde largo tiempo una pésima reputación. Se decía que los Dioses, enajados por los actos de hechicería de los habitantes de aquella, los habían exterminado por medio de una epidemia y que los demonios que esos hombres evocaban vagaban aún por esos parajes satisfaciendo por todos los medios de que disponían, en los individuos y las bestias que se ponían á su alcance, su sed de sangre. La investigación á la que nos entregamos vino á comprobar la aserción según la cual la aldea había sido abandonada después de una epidemia que la había casi enteramente despoblado, pero nos es difícil admitir el resto de la opinión indígena, bien que ella sea muy cómoda para explicar muchas cosas que, sin ella, quedan inexplicables. Hasta aquí la historia del anciano. En cuanto á su explicación oculta, considero la visión de Camerón como un caso de segunda vista, y así, el hecho de que los dos hombres que eran sus inmediatos vecinos (uno estaba en contacto con él y aún puede ser que los dos) hayan participado de ella en pequeña medida, oyendo la descarga que anunciaba el fin, mientras que los otros que se encontraban menos cercanos de Camerón no oyese nada, tendería á probar que la intensidad de la impresión producida por la visión sobre el vidente provocó en su cuerpo mental vibraciones que se comunicaron á las personas con quienes estaba en contacto, como se produce en la transmisión ordinaria del pensamiento.

Los sonidos de campana parecen haber constituido una manifestación excesivamente poderosa, verosimilmente producida por el Mayor con el objeto de prevenir á sus amigos del accidente que le había ocurrido.

Es posible que, encontrándose en la imposibilidad de hablarles, haya pensado que el ruido de una campana, que se asocia comúnmente á la idea de la muerte, les hiciera comprender lo que había pasado. Es más probable, sin embargo, que el inmenso esfuerzo de voluntad producido por su intenso deseo de comunicar con ellos de una manera cualquiera haya primero obrado ciegamente sobre la esencia elemental, produciendo ese ruido sorprendente, que habría repetido muchas veces después de constatar que era el único efecto físico que podía realizar.

Según lo que se nos ha contado sobre su extrema puntualidad, es probable que la idea de llegar á la barca á la hora convenida dominase en su mental en el momento de su muerte y esta idea dominante explicaría la aparición. El hecho de que todos los oficiales lo vieron, lo que no pasó con los barqueros, se explicaría también por el estado de *sobrexitación* en el cual se encontraban

los primeros, sin contar con que en su calidad de compañeros habituales del difunto, debían estar mucho más en relación con él.

El perro, como acontece generalmente, se dió cuenta de la naturaleza de la aparición antes que los hombres, pero, lo que hay talvéz de más extraordinario en toda la historia, es el descubrimiento del cuerpo de este al lado del del Mayor, cosa que parecería indicar que había, en la teoría indígena, más verdad de lo que el narrador parece querer admitir. Fuera de ella, la única hipótesis que juzgo admisible, es la de que el Mayor, después de un nuevo esfuerzo de voluntad para llamar la atención de sus amigos hácia el lado que deseaba, no consiguió más que atraer al perro al teatro del accidente, fracasando con los hombres; y que el animal, incapáz de dominarse, haya encontrado la clase de muerte que se conoce al final de su carrera desenfrenada; pero esto no es sino una simple conjetura.

C. W. LEADBEATER.

ECOS TEOSOFICOS

Publicamos en el presente número de «Philadelphia» la interesante conferencia dada en la Rama Argentina «Luz» de la Sociedad Teosófica, por el doctor Alfredo L. Palacios, miembro de ella. Escuchada por un público selecto, obtuvo, como era natural que sucediese dadas las condiciones del exponente y la forma como desarrolló su tema, un éxito completo, siendo aquél muy felicitado por las personas concurrentes al acto, entre las cuales se contaban muchas extrañas á la Sociedad.

«Philadelphia» se une, también, con su aplauso á tan justa manifestación, que prueba una vez más lo acertada que estuvo la Rama «Luz» al establecer esta clase de conferencias mensuales en las cuales se presenta á sus miembros la oportunidad de contribuir con sus trabajos intelectuales á disipar las erróneas ideas que muchos individuos asocian al solo nombre de Teosofía, formándose por ignorancia, un concepto falso y ridículo de lo que significa esta ciencia, tan digna de ser cultivada con amor, por sus hermosas enseñanzas.

Por cartas últimamente recibidas del Presidente-Fundador de la Sociedad Teosófica, Coronel Enrique B. Olcott, vemos que éste se ha visto obligado á modificar el programa de viaje que había formado primitivamente para este año, en vista de las mayores ventajas que ofrece el que acaba de acordar en definitiva. En el próximo mes de Enero se dirigirá de Colombo á Hong-Kong, en vez de tomar la dirección de Southampton, como pensó al principio; de allí marchará hácia San Francisco de California, y despues de hacer una gira por los Estados Unidos donde tiene que visitar no menos de sesenta ciudades en cada una de las cuales hay diversas Ramas establecidas, pasará á la Habana, partiendo de este punto para Buenos Aires. El Coronel Olcott espera encontrarse entre nosotros en Marzo ó Abril próximos, y demorarse aquí un mes, poco más ó menos, para emprender en seguida directamente la vuelta á la India.

Este viaje de nuestro Presidente, al cual, como es natural, deseamos ver cuanto antes á nuestro lado, tendrá una doble importancia para los intereses de la Sociedad Teosófica, pues ofrecerá á aquél la oportunidad de darse cuenta personalmente de la forma en que el movimiento teosófico se produce en una gran parte del mundo que no conoce y que se encuentra alejada, por obra de la naturaleza, de los centros principales de la Sociedad, y permitirá á estas mismas Ramas lejanas aprovechar para su acción de los sabios consejos de un hombre de la experiencia práctica y de los conocimientos especiales del Coronel Olcott. Además,—como otra vez lo hemos dicho,—la venerable presencia de aquel abnegado pionner de la teosofía, sus envidiables antecedentes y su palabra llena de autoridad, serán elementos importantes y eficaces para el mejor éxito de nuestra propaganda.

Bajo la presidencia del Ingeniero M. A. Caballero y con el valioso concurso de distinguidos hombres de ciencia y militares de escuela, acaba de fundarse en Chapultepec (Méjico) una Rama de la Sociedad Teosófica denominada «Bohemia Teosófica», á la cual «Philadelphia» envía su fraternal saludo, haciéndo votos porque el éxito corone en aquella tierra americana los esfuerzos de esos nuevos campeones que, con el íntimo convencimiento de la verdad y grandeza de la causa que han abrazado, se reúnen en un Centro donde, como en todos sus congéneres, se trabajará por el triunfo de las hermosas y consoladoras doctrinas que contaron como principal propagandista en occidente á la inolvidable H. P. Blavatsky.

Solicitamos una vez más de la benevolencia de nuestros lectores, perdón por la demora con que aparece el presente número de «Philadelphia». Causas ajenas á nuestra voluntad nos han impedido publicarlo en la época oportuna.

LA DIRECCIÓN.